
La novela
TEATRAL
30 cts.
CARMEN
OLIVER
COBEÑA
ESCLAVITUD
Drama en tres actos
José López Pinillos (Parmeno)

Año VI
N.º 224

LA NOVELA TEATRAL

Madrid 6
Mar. 1921

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

COMEDIAS

ZARZUELAS

Número atrasado: 10 cts. sobre el precio que marca el ejemplar.

(*) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA

ESCLAVITUD

DRAMA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

José López Pinillos (Parmeno)

PERSONAJES

JULIA GOVANTES, 27 años.—CONSOLACION, 28 años.—NATIVIDAD, 17 años. —DON PEDRO GOVANTES, 60 años.—PEDRO LUIS GOVANTES, 36 años.— DON ANTONIO VENEGAS, 40 años.—SACRIS, 67 años.—CARAMECHÁ, 30 años.—ROJILLO, 34 años,—SISÍ, 30 años. TIO MANUEL, 50 años.

ACTO PRIMERO

Galería en casa de don Antonio Venegas. Al fondo, en el centro, un arco amplísimo que da al patio. A la izquierda, el portón, y a la derecha, una puerta de dos hojas. La puerta y el portón, de caoba, relucen tanto como las paredes, que están estucadas y tienen el color del marfil viejo.

Hay en la galería dos arcones con magníficos herrajes, cuatro frailunos sillones de cuero, dos espejos cuyos marcos dorados ya rojean y una admirable mesa oculta bárbaramenre por un fementido tapiz turco que ni siquiera ha pasado por Turquía. Solicitan la atención de los curiosos visitantes el título de bachiller de Venegas y dos cuadros muy negros que le permiten descubrir al observador pacienzudo una mejilla, un ojo, parte de la nariz y algo de la diestra de un San José, en uno de ellos, y en el otro la divina aureola y las célicas plumas remeras del ángel de la Anunciación.

Una descomunal lámpara de bronce, en cuyo antiguo depósito cabrían dos litros de aceite mineral, esconde en sus vastas entrañas una bombilla eléctrica. Sobre el arcón de la derecha se ve una Virgen metida en un fanal. Dos mariposas la alumbran débilmente.

El patio, feo y de muros enjalbegados, es de casa de labor más que de casa señoril. Junto a la blancura fría de sus paredes se desperezan, envalentonados por el sol, unos pobres rosales tísicos.

Julia, sentada en uno de los sillones, mira hacia el patio melancólicamente, y Consolación y Natividad, junto al portón entreabierto, examinan con impaciencia la calle.

Es Julia una muchacha carirredonda, gruesecita, con grandes ojos melados, inquietos y dulces. Se mueve con temerosa prudencia, como si estuviese bajo la presión de una amenaza, y se expresa con invencible timidez. Viste con graciosa modestia.

Consolación tiene los ojos inexpresivos, la frente estrecha y la beca abobada. Habla con la serenidad de las criaturas que se creen en posesión de la verdad. Los vivos colores de su traje denuncian su ingenuo mal gusto y su afán de parecer bella.

Natividad es una mocita sin nada saliente en el carácter ni en el cuerpo. Viste pobremente, pero con simpática limpieza.

NAT.—¡Ahí viene!

CON.—¡Gracias al Santísimo!

Entra Sisí por el portón. Es un hombre espigado y cenceño. Llega jadeante, sudando bajo el chaquetón de gala, y sus ojos brillan de entusiasmo.

SISI.—¡Ya está el gato en el agua! ¡Se remató!

CON —Pero, ¿cómo? ¡Cuenta!

SISI.—(Alegremente.) Pues comiendo. Que se han acobardao al final, que algunos contrarios de los más testarúos nos han dao el voto, y que el amo ha quedao de amo, como siempre.

CON.—De modo que de lo que decían...

SISI.—Ni resollar siquiera. Sombrerazos por aquí y por allí, y «Dios le guarde, don Antonio» y «vaya usté con Dios, don Antonio». Uno se atrevió a meter la pata, el cuñao de Caramechá, y yo no he visto en mi vida un gofetón más disformísimo que el que le atizó el amo. ¡Si pecho a pecho no se pué con él!

CON.—Pero como no iban a buscarle pecho a pecho...

SISI.—Es que, a traición, no se pué con él tampoco. ¿No le vigilan pa defenderle Andrés, el de la Borrega, que es un diablo, y el Rojillo, que sabe de traiciones más que Judas? No tenga usté cuidao y respire a su satisfación. Después de esta somanta, agacharán las orejas los burros que las querían levantar, y chanfli.

CON.—¿Tardará mucho el amo?

SISI.—Lo que tarden en hacer el escrutinio.

JUL.—(Con timidez.) Entonces... los podríamos soltar. (Consolación se encoge de hombros.) Mi padre no es muy fuerte y lleva ocho horas así. (Con energía.) ¡Es un contradiós!

CON.—Yo no te prohibo nada ni te aconsejo nada. ¡Allá tú! Pero tuya es la responsabilidá.

JUL.—(Con resolución.) Tráigale usté, Sisí.

CON.—(Al mozo.) Que te ayude tío Manuel. (Sale Sisí por el patio.) Por si te estorbo, me voy.

JUL.—Y ¿por qué me has de estorbar?

CON.—(Desdeñosa.) Hija, a mí, en tu pellejo, me estorbaría hasta el aire. Porque tu padre se querrá desahogar.

JUL.—Y ¿no es eso justo?

CON.—No lo niego. Pero si tú le debes oir, la mujer de mi marido no está en ese caso.

JUL.—(Con humildad.) Tienes razón.

CON.—Anda, ven conmigo a la azotea, Natividá. Veremos la plaza.

NAT.—Y que se ha puesto de gente como si hubiera toros. (Salen por el patio. Segundos después se oye la voz de don Pedro.)

PED.—(Dentro.) Enhorabuena, Consolación... Ya me lo ha dicho Sisí. Enhorabuena, a pesar de todo.

CON.—(Dentro. Con displicencia.) Gracias... a pesar de todo, don Pedro.

Entran con don Pedro, que tiene amarradas las manos, Sisí y tío Manuel. Don Pedro es un hombre de gran corpulencia, cuyo organismo está arruinado. En la amarillenta piel de su rostro las arrugas han dibujado una tela de araña. Tiene una boca grande, sin energía, y en sus

ojos, que sólo resplandecen con la precaria animación del alcohol, apágase una mirada de vencido. Lleva un traje oscuro de americana, una camisa floja, un sombrero flexible y unas botas nuevas sin lustrar. Tío Manuel es uno de los labriegos que, a fuerza de estar solos, han perdido el hábito de hablar. Su ropa, muy pobre y muy raída, no demuestra una gran afición al aseo.

SISI.—(Torpemente.) Don Pedro, como ya sabe usté lo dura que tiene don Antonio la mano...

PED.—(Con indignación.) ¿Qué dices, imbécil...? ¿Qué tengo yo que ver con la mano de don Antonio, sea dura o sea blanda, que ni lo sé ni me importa?

SISI.—(Afable.) Hablo por mí, don Pedro. Y hablo pa notificarle a usté que si no le quito esas cuerdas, como le he quitao las de los pies, más pronto que la luz, es por miedo a que me las pongan a mí. Y usté dispense mi libertá... y que me perdone la señorita Julia.

MAN.—Pongo mi firma. (Con un movimiento de cabeza invita a Sisí a seguirle y ambos salen por el patio.)

PED.—(Rencorosamente.) ¡Perros!... ¡Esclavos!...

JUL.—(Conteniendo las lágrimas.) ¡Papá, que te pueden oir!... Y que no merecen tanta dureza.

PED.—(Temblando de cólera.) ¡Y yo me merezco que me amarren como a un bandido!... ¡Y como lo merezco, no debo quejarme! ¡Y si me quejo, insulto! ¡Y si insulto, mi hija, que es la flor de las hijas, me riñe como a un zascandil! (Riendo sarcásticamente) ¡Magnífico!

JUL.—(Llorando.) ¡No me maltrates! ¡Si tú estás seguro que esto me duele más que a ti!

PED.—¡Claro! ¡Yo soy un hombre sin pundonor!...

JUL.—(Besándole las manos.) Tú eres mi padre de mi alma; tú eres lo único que yo quiero en el mundo; tú eres lo más honrado de la tierra... (Llorando.) ¡Qué maldad tenerte así!... ¿Te lastima el cordel?

PED.—(Algo amansado.) Un poco.

JUL.—Lo voy a cortar.

PED.—(Con fiereza) ¡No!... ¡Ha de cortarlo el que lo mandó poner! ¡Y si se ha cometido un atropello, habrá que pedirme perdón! (Recogiendo velas.) Y si sólo se trata de una broma, que es lo probable, habrá que sufrir el día de mañana las que yo urda para acabar con vergüenza este asunto.

JUL.—¡Como que es una infamia una broma así!

PED.—(Sublevándose ante la idea de que su hija le crea humillado.) ¿Por qué una infamia? ¿Qué sabes tú? ¿Soy, acaso, una señorita histérica para no poder soportar unos cordelejos, que rompería si me diese la gana...? No es tan gorda la broma. Las he dado yo mucho mayores... y algo podría referir de esto el señor don Antonio Venegas, si se dignase mirar hacia atrás con la memoria. Pero no hay cuidado. No mirará. Ni le dirá a ningún nacido las brutalidades que le suelto yo cuando nadie nos oye.

JUL.—(Suplicante.) ¡Papá!

PED.—(Entre avergonzado e iracundo.) ¡Qué! ¿No me crees? ¿Miento yo?

JUL.—(Con amargura.) ¿Qué he dicho?

PED.—Pero ¿qué has pensado?

JUL.—(Sollozando.) ¡Papá...!

PED.—¡No; astucias conmigo, no, porque yo lo único que no entiendo es lo que no me conviene entender! (Pausa.) Brutalidades, enormidades, herejías le escupo en su reverenda cara... Pues qué, ¿no se las he soltado a hombres que están a mil codos sobre ese caballero...? ¿Es que soy yo un cualquiera, un borrachín, un cobarde, un miserable al que se insulta y se ultraja impunemente?

JUL.—(Con dolorida indignación.) Y tu hija ¿iba a pensar eso?

PED.—¡Si no me importaría...! Otras cosas son las que me importan, y una de las principales es que me mires con lástima. (Orgulloso.) ¡No soy yo hombre al que se le pueda tener lástima!... Miedo, desprecio, odio, lo que elija el peor in-

tencionado; pero lástima, no. Si aguanto lo que aguanto, es porque me sobra valor para aguantar y porque no quiero ni debo permitir que haya en esta casa una tragedia.

JUL.—Sí, papá. Lo sé.

PED.—(Con un gesto de desdén.) ¡Matar...! ¡Sí que es difícil la operación...! Se aprieta el gatillo de un revólver y, en el acto, se presenta la muerte tan servicial como el camarero que escucha una palmada. (Con ira.) ¡Si no fuese por ti!

JUL.—(Casi espantada.) ¿Por mi?

PED.—(Excitándose.) ¡Por ti! No negarás que don Antonio—que es mi explotador, puesto que me entrega la quinta parte de lo que vale mi trabajo—, si se pagaran la fidelidad, la lealtad y el desinterés, me debería millones. Pero como esas virtudes no se pagan, el señor no me debe un ochavo, y como sale de su bolsillo el dinero que nos permite vivir, para el mundo soy yo su deudor. ¿Y hay lucha posible en estas condiciones? ¿Voy a aceptar la pelea disponiendo él de un cañón para agredirme y no contando yo más que con mis puños para defender nuestro puchero...? ¡Ah, no...! ¡Tan bobo no soy! ¡Tragaré bilis, aguantaré, padeceré...! ¡Pero por ti, sólo por ti, puesto que yo viviría en un páramo alimentándome de raíces! (Con una ternura simulada.) ¿Qué necesito? ¿Qué cuidados pide mi vejez? ¿Pienso en algo que no sea sacrificarme por ti...? (Encolerizándose.) ¡Responde, egoista!

JUL.—(Apenada.) Pero ¿lo niego yo?

PED.—(Casi llorando de rabia.) ¡Eres una egoísta...! ¡Una hija sin corazón...! ¡Sí, muchas lágrimas! Pero te quedas ahí tan tranquila, viendo a tu padre martirizado, sin intentar aliviarle... ¡Que sufra el viejo! ¡Para que vea el mentecato lo que producen los sacrificios!

JUL.—(Llorando.) ¡Quieres matarme, papá! ¿Con qué te aliviaría yo? ¿Cómo?

PED.—(Irónico.) ¡Ah! ¡Tú no lo sabes! No se te ocurre ninguna manera de dare calor a un pobre viejo amarrado... ¡que no puede ni abrir el estante de su dormitorio!

JUL.—(Comprendiendo lo que desea sù padre y resignándose a complacerle.) Voy papá. (Sale por el patio y retorna con una botella.)

PED.—(Alzando la voz para que le oiga Julia mientras está en el patio.) ¡Ahora...! ¡Después de humilarse uno pidiéndolo...! ¡Cobrando el favor! (Escandalizado.) ¡Y dice que quiero matarla!

JUL.—(Ofreciéndole la botella.) Toma el vino.

PED.—(Sacudido por la ira.) ¡Bébetelo tú! ¡Yo no admito atenciones de caridad!

JUL.—(Suplicante.) ¡Tómalo y perdóname!

PED.—(Haciendo la última concesión a su soberbia.) ¡Que no! ¡Que te lo bebas tú! ¿Hablo en griego?

JUL.—¡Pero... ¡es que lo necesitas! ¿Vas a perjudicarte por mí?

PED.—(Encontrando una salida gallarda.) Lo que voy es a reventar si continúas fastidiándome... y beberé para que no continúes. ¡Sostenme la botella! (Julia le aplica la botella a los labios, y el viejo, empuñándola con sus puños, bebe ansiosamente; pero torna a protestar, fingiendo una honrada indignación, cuando Julia se la retira, asustada al ver la cantidad de alcohol que ha ingerido.) ¡Basta...! ¿Me vas a obligar a tragármela toda...? ¿Soy un sumidero para beber y beber y beber?

JUL.—Me he distraído, papá.

PED.—Pues no te distraigas. (Hay unos instantes de silencio.) Ea, ya bebí. Ya estarás contenta.

JUL.—(Sencillamente.) Si, papá.

PED.—Entonces, conténtame a mí ahora. Que traigan a los otros.

JUL.—Pero...

PED.—¡Que los traigan! ¡No quiero privilegios! ¡Son de carne como yo, padecen como yo y han de estar donde yo esté!

JUL.—(Asomándose al patio para llamar.) Sisí.

PED.—Nunca se dirá que don Pedro Govantes fué un egoísta. (Entra Sisí por el patio.)

JUL.—Hágame el favor de traer a Sacris y a su amigo.

SISÍ.—Sin favor, señorita. (Sale por donde entró.)

PED.—(Sin perder su dureza, pero en tono confidencial.) Oye, Julia... Esa Natividad, si yo no me equivoco, es algo... algo borracha.

JUL.—(Con asombro.) ¿Natividad?

PED.—¡Natividad! ¡Natividad...! ¿Me equivoco yo con frecuencia? (Pausa.) Sino, ¿para qué se mete en mi dormitorio, de puntillas, cuando no se tiene que meter...? ¿Qué busca allí? Y ¿por qué sale alegre de allí...? Pues hoy, aunque tenga yo que jorobarme... ¡no se alegrará! ¡Dame lo que ha quedado en la botella! (Julia, silenciosamente, le aplica otra vez la botella a los labios y don Pedro bebe hasta agotarla.) Llévala ahora a su sitio y déjame con mis compañeros. (Con la ternura que engendra el alcohol.) Y no te disgustes con tu papá. No te echa tu papá. Tu papá sólo piensa en ti.

JUL.—(Abrazándole.) No, no, no.

PED.—(Después de besarla.) Anda. Déjame con mis compañeros.

Sale Julia por el patio. Entra con Sacris, amarrado como don Pedro, Sisí, y sale en seguida. Sacris es un vejete con cara de raposo; delgado y torcido como un sarmiento. En su boca, desamparada de dientes, los labios, hundidos, son una pincelada gris. Se diría que va a tragárselos, por miedo de que dejen escapar alguna palabra comprometedora, torpe o inútil. Tiene los ojos blandos y las orejas salientes y luce una rojiza calva de codorniz. Su traje, holgadísimo, es como los que usan los labradores acomodados.

SAC.—(En voz baja, después de asegurarse de que están solos.) ¿Averiguó algo, don Pedro?

PED.—(Alto.) No me he rebajado a preguntar.

SAC.—Pero, hombre, ¿ni a su hija?

PED.—A mi hija, menos que a nadie. ¿Iba a hablar... como si buscara su protección? ¡Qué salidas tiene usted, Sacris!

SAC.—¡Pues no que usté...! No he visto un orgullo más bárbaro, don Pedro. ¿Qué tendría de particular que le protegiese su hija? Y así sabríamos siquiera por qué nos han cazao como a zorros.

PED.—No hace falta. Lo importante es que cuatro granujas que forman la guardia negra de don Antonio, nos han detenido y nos han amarrado. ¡A usted, una personalidad en este pueblo, por sus bienes, y a mí, secretario del Ayuntamiento y administrador del propio don Antonio! Esto es lo importante: el atropello. Sus causas, no.

SAC.—(Diciendo con la expresión todo lo contrario de lo que dice con la palabra.) ¡Cuando se tiene la conciencia tranquila...! Y que nosotros... nos habemos descuidao otras veces; pero esta vez... Porque charlar en la bodega de uno, con cuatro o cinco traguillos, no es ningún crimen.

PED.—(Bajando la voz.) Charlar, no; pero hacer...

SAC.—¿Y hemos hecho algo, don Pedro de mis culpas?

PED.—¿Y su gente? ¿No le habrá comprometido a estas horas?

SAC.—Ni a usté, que la metió en harina, ni a mí. (Aun más bajo.) Ya les advertí que no votaran hasta el final y que, si nuestras combinaciones no salían, se fueran con don Antonio.

PED.—(Asombrado.) ¡Sacris!

SAC.—(Muy tranquilo.) Yo no le agarro la lengua a un mastín rabioso, si antes no le arrancan los dientes, que en casa hay algo que perder.

PED.—Pero usted dijo...

SAC.—(Atajándole.) ¡Dije, dije...! ¿Quién se fía de palabras? ¡Claro que diría, entusiasmao por su pico de usté...! Lo que es que yo no me comprometo, pa no comprometer a los amigos. ¡No soy como usté, que ha soltao la canilla delante de Caramechá, con tos sus años y toa su experiencia! Y las verdaes, ami-

go don Pedro, no se pregonan delante de un bruto que nos las puede refregar por la cara.

PED.—(Asustado.) Amigo Sacris, si tocan a abultar... Porque yo no creo haber perdido la prudencia.

SAC.—¡Chss ..! ¡Que ahí le traen!

(Entra Sisí con Caramechá, igualmente amarrado. Caramechá es un bárbaro, cuadrado de cabeza, que tiene una frente pequeñísima y un horizonte espiritual más reducido que la frente. Su ropa, basta y mal cortada, conserva las huellas del combate que hubo de librar para rendirle.)

SISÍ.—No hay que moverse, que en la puerta estoy de centinela. (Sale por el portón.)

CAR.—(Por Sisí.) A ese también le he apuntao en mi libro.

SAC.—¡Déjate de tonterías, hombre!

CAR.—¿Tonterías? ¿Es una tontería lo que han hecho conmigo...? ¡Lo que han hecho a traición, porque si yo me malicio que me quieren coger, la sangre llega a los tejaos! Pero, paciencia, que arrieros somos.

(Se oye una detonación lejana y los tres prisioneros escuchan con ansiedad.)

SAC.—Parece un cohete. (Con la esperanza de que no lo sea.) ¿No es un cohete?

CAR.—¡No lo sería si estuviese yo en la plaza!

SAC.—¡Pues gracias a Dios que estás aquí!

CAR.—¿Es que, lo mesmo que yo daría un deo, no daría usté una mano porque le abrieran en canal?

SAC.—(Con indignación.) ¿Yo, salvaje? ¡Cuidao con las patochadas que suelta, con un patio detrás, pa que le oigan y se figuren que habla en serio!

CAR.—Y más en serio hablo que un predicaor en Viernes Santo. ¡Ojalá degollaran a ese ladrón! ¡Ojalá le ahorcaran con sus propias tripas!

PED.—(Amenazador.) ¡Caramechá, no sabe usted lo que dice!

CAR.—¿Que no sé que es un ladrón? ¿Pues no se come los dineros del Pósito...? Bueno. Le habrán calumniao ustés.

SAC.—(Fingiendo una decorosa reprobación.) ¡Hombre, hombre, hombre...! ¡Por Cristo y su Madre Santísima...! ¡Mire que meterse también en esas cosas, cuando, después de los despueses, don Antonio es un niño...!

CAR.—¡De Ecija! Lo malo es que la culpa no es suya del tó. Es de los cobardes como ustés.

PED.—(Despreciativamente.) Para ese, amigo Sacris, los que no sabemos andar a cuatro patas somos unos cobardes.

CAR.—¡Ah! ¿Va usté a defenderle también? ¿Ya no está usté amarrao?

PED.—(Con energía.) Más que por estas cuerdas, por un sentimiento que usted desconoce: el de la gratitud.

CAR.—Pues esta mañana nadie se lo hubiese conocío, porque graznaba usté en competencia con el grajo. (Sombríamente.) Don Pedro, mucha formalidá de hombre no tiene usté. (Suenan unos disparos.)

SAC.—(Imperativamente.) ¡Chss!

PED.—¿Son tiros?

SAC.—(Disimulando su alegría.) Estos no parecen cohetes.

CAR.—(Riéndose con ferocidad.) ¡Tiros son!

SAC.—Me estoy temiendo una desgracia. (Mirando al patio con recelo.) Sí, porque como don Antonio lleva al Rojillo, que es como es... No digo que sea mal muchacho, pero se va del seguro, por... exceso de corazón.

CAR.—(Burlándose.) ¿No ha estao en presidio? ¿Fué por bueno...? Yo creí que había matao a un trajinante.

(Se oyen varios tiros sueltos, y en seguida una descarga. Tío Manuel, que viene corriendo por el patio, atraviesa a escape la galería y sale por el portón. Don Pedro, empavorecido de verdad, y Sacris, hipócritamente apenado, se miran, Caramechá se ríe silenciosamente.)

PED.—¡Ha sido una descarga!

CAR.—Y que los civiles, sin que pase algo muy gordo, no tiran. (Con grosero

regocijo.) ¡Mire usté, don Pedro, que si alguna bala le hubiese partío la puchera!

PED.—(Avergonzado.) ¡Gañán!

(Entran por el patio apresuradamente Julia, Consolación y Natividad. Se percibe un ruido lejano de voces, que va acercándose poco a poco.)

NAT.—(A Consolación.) ¡No se apure usté, que he visto al señorito!

ROJ.—(Dentro.) ¡Viva don Antonio Venegas! (La multitud ruge un «viva» ensordecedor.)

ANT.—(Dentro.) ¡Viva la justicia...! ¡Viva el orden...! ¡Viva la legalidad...! (Los tres «vivas» son repetidos con frenético entusiasmo.)

NAT.—(A Consolación, que al oir a su marido ha recobrado la tranquilidad.) ¿Se equivocaron mis ojos?

ANT.—(Desde el zaguán.) Sigan ustés por el callejón hasta la bodega.

(Entran por el portón Don Antonio, Rojillo, Sisí, tío Manuel y cuatro labriegos cincuentones, pelirrucios y tostados de rostro, que rodean al cacique con admiración y que rien sus gracias y aprueban sus violencias. Don Antonio tiene una cara bestial de rasgos durísimos, abultados, pero no suavizados por la grasa, en la que se entreabren en acecho unos ojos crueles a los que nunca turbó el pavor. Es grueso, sin hobachonería, y su vientre rotundo mejor hace pensar en una formidable caldera que en una pesada carga. Lleva un traje de buena hechura y un sombrero flexible amplio de alas. El Rojillo es un hombre bien proporcionado y garboso, que sería hasta simpático sin la inverecunda osadía de su modo de mirar y sin la indisciplinada espesura de sus cejas, que chocan y se arremolinan sobre la nariz como si estuvieran peleando, y que entenebrecen todo el rostro. En el corte de sus arreos adivínase su amor a la torería: sus pantalones están más entallados de lo conveniente; su marsellés, por lo corto, es casi chaquetilla, y su sombrerito, por lo achulado, lo podría lucir un banderillero.)

CON.—(Abrazando, orgullosa y emocionada, a su marido.) ¡Antonio!

ANT.—(Con un desdén y un despego que no se toma la molestia de encubrir.) ¡Jesús!... ¿Con temblores y todo? (Rechazándola.) Vamos, no seas pegajosa, que no voy de viaje.

CON.—Pero, Antonio...

ANT.—Y que no estamos solos, princesa. (Los cincuentones se ríen.) Luego me abrazarás hasta que te canses. (A sus prisioneros, con despreciativa acerbidad.) ¡Hola, pajarillos!... (A tío Manuel.) No te hieles. Abre la bodega. (A Julia.) ¿Os han asustado los tiros?

(Sale por el patio tío Manuel.)

JUL.—(Bajando la cabeza.) Un poco.

CON.—Figúrate. Después de lo que se ha murmurao...

ANT.—(Con brusquedad.) ¡Sin deber! ¡Por tontería! ¡A mí iban a matarme!... Pues si que hubiera tenido gracia. ¡Don Antonio Venegas, apiolado por una cuadrilla de hambrientos indecentes!

(Se ríe, convencido de su absoluta superioridad, y sus cortesanos le imitan.)

SISÍ.—(A Consolación.) Ha sío por el Verdejo.

ANT.—Por el Verdejete, y por la lechigá de sus hermanos, y por Juan Manuel... ¡Por toa la aristocracia! Locos de indignación los caballeros, porque se figuran que mi gente ha hecho fullerías para ganar. Tan locos, que antes de darle aire a los talones, como siempre, han disparao contra Andrés y se han metido con la guardia. ¡Lástima que los civiles hayan tirao al aire?

CON.—Entonces, ¿la pelea no fué contigo?

ANT.—(Con irritación.) Pero tú, ¿eres tonta?... ¡A mí qué se me va a poner delante ningún valentón!... (Con malevolencia.) ¿Verdá, don Pedro? (Con ironía.) A la que hay que atar corto, por precaución más que por miedo, no es a la mala, sino a la buena gente. ¿Eh, Sacris?

SAC.—(Con una sonrisa finísima.) Si lo dice usté por mí, gracias, don Antonio.

ANT.—No hay por qué darlas. (A Sisí, apuntando con el índice hacia don Pedro.) Suéltale.

(Sisí le quita rápidamente las cuerdas.)

PED.—Y... ¿podré saber por qué se me suelta, ya que no he sabido por qué se me amarró?

ANT.—(Con seriedad burlona.) ¿De veras? ¿No ha adivinao que le he querido tener seguro para impedir que, si había alguna sanfrancia, se pusiera en peligro por defenderme?... ¡Qué poco agradecido es usté, don Pedro!

(Los cuatro cincuentones y Caramechá se ríen.)

PED.—(Abrumado por la burla.) Pudo usted ahorrarme este bochorno.

ANT.—(Con frialdad.) Cuando hablemos se convencerá usté de que no pude. (A Sisí.) Anda con el otro.

(Sisí desamarra a Sacris.)

SAC.—(Estirando los brazos y las piernas.) Estoy más entumío que una gallina al salir de un jaulón.

ANT.—A usted, amigo Sacris, le pido que me perdone, por más que, como a don Pedro, le he gastado esta broma por cariño. ¡Créame usté!

SAC.—(Con una expresión tan candorosa como un recién nacido y sin que le azoren las risas.) ¡Ya decía yo! A los mismos que me amarraron se lo advertí: «¡No apretéis mucho, que esto no es más que una broma de mi amigo don Antonio! ¡Cuidao, que al que me lastime le va a arrancar el pellejo a túrdigas!» (Riéndose.) Y ¿a qué ha venido la broma?

ANT.—Pues, francamente, se la he dado para evitar que usté me diera otra: la de quitarme los votos de sus amigos.

SAC.—(Como si le hubieran herido en su lealtad.) ¡Don Antonio! ¿No han sío para usté?

ANT.—Le habré juzgao mal. (Por Caramechá.) A ese y a su parentela, no. (A Sisí.) Que se largue.

(Sisí liberta a Caramechá, que se estira, avanza hacia el portón, vigilado por Rojillo, lo abre para salir, y de pronto tira de una faca y se arroja sobre Venegas.)

ROJ.—(Cogiéndole por un brazo.) ¡Ah, traicionero!

ANT.—(Aproximándose a su agresor y dominando con sus gritos de cólera los de pavor de las mujeres.) ¡Fuera!... ¡Fuera!... (Al Rojillo.) ¿Qué es eso de defenderme a mí?... ¡Atrás tó el mundo! (Aparta de un manotazo a Consolación y de otro al Rojillo y queda frente a Caramechá.) ¡Anda a matarme! (Con una risa feroz.) ¡Ven, guapo!

CAR.—(Después de una pausa.) Hay mucha gente aquí.

ANT.—Entonces ¿para qué has sacao la faca?

CAR.—(Después de otra pausa.) Un pronto. Ya nos veremos cuando no levante usté la cresta en su corral. (Va a salir, pero el cacique le detiene de un zarpazo, le desarma y le derriba.)

ANT.—¡No! ¡Ahora qué te has de ir, blancote! (Coge la vaina de la faca, que en su precipitación arrojó a tierra Caramechá, y avanza otra vez hacia el labriego, que levántase completamente domado.)

CAR.—(Lívido.) ¡Me va usté a perder, don Antonio!

ANT.—(Cruelmente.) No: voy a pegarte nada más. ¡Cuando se saca un arma, se usa, cobarde! (Pegándole con la vaina.) ¡Como uso yo esto, que es lo que tú mereces! ¡Así, cobardón...! ¡Así, embustero...! ¡Así, así, así! (Caramechá, perseguido por don Antonio, huye cubriéndose la cabeza con las manos.)

CON.—(Llorando.) ¡Déjale! ¡Déjale!

JUL.—(Amparando con su cuerpo a Caramechá.) ¡Perdónele usted!

ANT.—(A Caramechá, después de unos instantes de silencio.) ¡Lárgate! (Tirándole la faca a los pies.) Y dale eso a tu hermana, que lo manejará con más vergüenza. (Caramechá recoge el arma y sale por el portón tambaleándose como un ebrio.)

ROJ.—Se acabó un valiente. Ahora llega a su casa, llora un poquito y se queda manso pa toa la vida. Lo siento. (Sacando su faca.) Esta «me se» ha muerto de carpanta, porque no le doy carne hace un siglo, y si nos quedamos sin guapos, no sé en qué barriga la voy a enterrar. (Don Antonio y los cincuentones se ríen.)

ANT.—Ea, a la bodega, caballeros. (A Julia y Consolación.) Y vosotras también, que delante de mujeres hay que tener muy poca lacha pa emborracharse. En es-

guida iremos don Pedro y yo, (Don Pedro, que ya se marchaba, se detiene contrariado y temeroso. Julia, Consolación, Natividad, el Rojillo, Sisí y los cuatro cincuentones salen por el patio.)

SAC.—Bueno, don Antonio, que si yo no voy, no es por desairarle. Pero el vino tiene bromas pesás. y después de la que usté me ha dao .. Ahora que, de aquí en adelante, no me las volverá usté a dar, porque seré de usté en cuerpo y alma.

ANT.—(Con acritud.) ¿En serio, Sacris? ¿Cuántas veces me ha engañado usté?

SAC.—¿A usté, que le contaría los pelos al demonio...? Chismes, hombre. Maldaes de la gente, que es mu mala.

ANT.—(Sin pizca de afabilidad.) Pues ayúdeme y se fastidiarán los chismosos. Ya sabe usté lo que le espera al que no esté junto a mí: comida de viento y abrigo de palo.

SAC.—(Tendiéndole la diestra.) Conque, ¿amigos?

ANT.—(Estrechándosela con frialdad.) ¡Amigos!

SAC.—Hasta la vista.

ANT.—Hasta la vista. (Sacris saluda con la mano a don Pedro y sale por el portón.)

PED.—(Disimulando el temor que siente.) ¿Me tenía usted que hablar?

ANT.—(Mirándole con encono.) ¿Quién se parece más a Judas?

PED.—(Queriendo ser hábil.) Yo creo que Sacris procede lealmente.

ANT.—Es decir, que el que se parece más a Judas, ¿es usté?

PED.—(Después de una pausa.) Descargue su ira, que aquí hay amistad para resistirlo todo.

ANT.—(Asqueado.) Pero, ¡qué farsante le ha criado Dios...! ¿Se figura que me va a convencer con sus comedias...? ¡Ahí lo que hay es maldad para intentarlo todo...! Y usté y ese, que se me ha venido porque sabe que acabaré por aplastarle, han conspirado contra mí, han intentado sublevar al pueblo, me han azuzado a los matones, han pretendido acabar con mi poder... ¡Como si pudiera valerse esta piara, si no manejase yo el palo y la honda...! ¿Quién la iba a guiar? Sacris, el cabecilla, ¿no es un bruto? Y usté, su consejero, ¿dónde tiene la ciencia? (Con bárbara energía.) ¡Yo soy el amo porque debo ser el amo! ¡Porque sé dirigir, porque sirvo para mandar!

PED.—Nadie lo ha puesto en duda. (Tembloroso.) Y no sé por qué me hiere con esas explicaciones.

ANT.—Porque su lengua es una campana que no deja de tocar a rebato contra mí.

PED.—(Excitado.) ¡No es cierto!

ANT.—(Con fiereza.) ¡Miente usté! (Hay un corto silencio.)

PED.—(Con la voz nublada.) Le suplico que se reporte. Está usted alterado, se deja usted llevar por la ira... Luego se arrepentirá usted de haber insultado a un hombre que es su amigo y que peina canas.

ANT.—(Con desprecio.) ¡Comicucho...! ¡Judas!

PED.—(Con la voz velada y las manos trémulas.) Le vuelvo a suplicar que se reporte. Yo, mientras coma su pan, seré mudo para todo lo que no se refiera a mi agradecimiento. Recuérdelo usted.

ANT.—¡Pues no lo he de recordar.. ! Usté tuvo un puesto en mi mesa cuando se moría de hambre; usté alcanzó por mí una colocación cuando ni buenas palabras conseguía de sus amigos... ¡Y todo eso me lo ha pagado con traiciones!

PED.—(Con energía.) ¡No es verdad!

ANT.—¿Negará usté que en casa de Sacris ha tratado a la mayoría de mis enemigos?

PED.—¡Para defenderle a usted!

ANT.—(Con ironía.) ¡Ah! Para defenderme ¿afirmó que sostengo al maestro de escuela, que es un animal, porque me conviene que nadie aprenda, con objeto de seguir de amo?

PED.—¡Esa es una calumnia!

Ant.—(Sombríamente.) Y lo del grajo ¿tampoco lo ha dicho usté? ¿No me ha puesto usté ese mote, que le costara la vida al primero que lo pronuncie delante de mí? ¿Y no soltó usté que yo era tan fino de gustos, que había comprado el pajarraco para recrearme con sus canciones?

Ped.—(Interrumpiéndole.) ¡Es mentira!

Ant.—(Torvamente.) ¿Y no agregó usté que este pueblo era un animal en la agonía y yo un grajo que le picoteaba las entrañas?

Ped.—(A punto de llorar.) ¡No...! ¡No salió de mi boca esa falsedad infame! ¡La han urdido para perderme unos canallas a quienes arrancaré la lengua!

Ant.—(Con feroz energía.) Si fuese verdá... ¡se la arrancaría yo a usté!

Ped.—¡Yo sólo hablo de usted para elogiarle! ¡Yo le estoy agradecido, aunque, en realidad, lo que cobro lo gano sobradamente, puesto que le administro por la casa y la comida y puesto que, en el Ayuntamiento, mi retribución es inferiorísima a la de mis antecesores!

Ant.—(Entre sorprendido y amoscado.) ¿Me lo echa usté en cara?

Ped.—¡Eso, no! Pero podría echarle en cara otras cosas. (Impetuosamente, olvidando por un momento su inferioridad.) ¡Usted me ha privado de toda autoridad y toda influencia! ¡Usted me humilla continuamente! ¡Usted me ha convertido en un guiñapo!

Ant.—(Con aviesa intención.) ¿Por mí es usté un guiñapo?

Ped.—¡Por usted, por usted, que no parece sino que me socorrió cuando iba a morir para prolongar mi angustia! ¡Por usted, que hasta ha referido que un tribunal de honor me hizo perder mis estrellas!

Ant.—(Cruelmente.) ¿Y no es verdá?

Ped.—¡Pero también es verdad—y usted lo sabe—que no las perdí por cobarde, ni por ladrón, ni por traidor! ¡Las perdí por borracho; por alternar, borracho, con mis inferiores; por consentir que se ahogara en vino el respeto que me debían tener! ¡Y esto, que es sucio, pero no tan sucio como las suposiciones que se hacen, se lo calló usted!

Ant.—(Desconcertado.) Yo...

Ped.—(Con lágrimas en la voz.) ¡Usted ha hecho de mí un mueble, un estorbo, una cosa risible...! ¡Yo no puedo opinar delante de usted, ni sonreír, ni estar alegre o triste, ni tener mucha o poca hambre...! ¡Y esto es muy duro, señor!

Ant.—Sería duro, si fuese cierto.

Ped.—¿Y no lo es...? Aún recuerdo que un día, con la mejor intención, le advertí que no se decía «desquilibrado», sino «desequilibrado», y usted me contestó...

Ant.—(Quitándole la palabra de la boca.) ¡Qué sé más del idioma y de todo que los que viven de mi dinero, y que me río de sabihondos y de diccionarios! ¡Pues no faltaba más!

Ped.—¿Lo ve usted? Y eso ¿es justo? Permítame que afirme que no lo es. ¡Yo tengo una carrera, yo he mandado, yo he lucido cruces en el pecho! ¡Merezco que no se me hunda!

Ant.—¡Séame usté fiel y no le hundiré!

Ped.—¿Le he vendido, quizás?

Entra Julia en el patio.

Ant.—No, porque no le he confiado ningún secreto. Me debe ese otro favor.

Jul.—(Desde el patio.) ¿No vienes, papá?

Ant.—Dejaremos aquí la conversación... por esta vez. Entra, Julia.

Jul.—(Acercándose con timidez a su padre.) Estás manchado... No salgas así. Ven y te cepillaré.

Ant.—(Benévolo.) No merece que le arregles. Pero ande, vaya con su hija.

Ped.—No. Tengo que lavarme. Voy a mi habitación. (Sale por el patio.)

Jul.—(Conteniendo las lágrimas.) El no le vende a usted.

Ant.—(Sonriéndose.) ¿Usted? (Acariciándole la barba.) ¿No estamos solos? (Julia rompe a llorar mansamente.) ¡Por vida de la sensitiva...! (Con brusquedad.) Le he cas-

tigado por su bien. Sin esta lección, hubiera seguido por un camino funesto para la tranquilidad de todos.

JUL.—¡Pero amarrar a un pobrecito viejo...! Ahora, ¿quién le respetará?

ANT.—¿Le respetaban, acaso...? Que no se emborrache y verás cómo le respetan. (Con severidad.) Y conmigo que no juegue, si desea vivir como Dios manda. Que ande con rectitud y no le faltará su pan... ni su vino y, cuando sea conveniente, bailará en tu boda.

JUL.—(Con rubor y tristeza.) ¡Qué he de casarme yo!

ANT.—¡Hija, eres de folletín! ¡No parece sino que has nacido en otro planeta! (Consolación, que entra por el patio, avanza sin atreverse a mirar, con una excitación que sólo se manifiesta en la furia con que retuerce su delantalillo. Don Antonio, al verla, calla unos segundos, mirándola con ira, y después continúa hablando como si no estuviese presente.) Decía que te casarás cuando sea preciso, si es preciso alguna vez y si quieres casarte. Si quieres, porque aquí estarás siempre en tu casa. Ve por tu padre. (Julia sale por el patio. Consolación, amedrantada, aguarda unos momentos silenciosa y al sentir las manos de su marido, que la zamarrea, principia a gimotear.) ¡Esto no lo vuelvas a hacer!

CON.—¡Antonio!

ANT.—¡Esto no te lo consiento!

CON.—(Espantada.) Pero si entré...

ANT.—¡A mí no se me espía ni se me cela! (Levantándole el rostro.) Y no aguanto caras en el suelo ni ojos de traidor! (Después de una pausa.) ¿Qué tienes que comunicarme?

CON.—(Enjugándose las mejillas.) Nada.

ANT.—Pues cómprate unas botas que crujan para que te sienta yo andar, que me molesta la cofradía del silencio. Y... no saques los pies del plato. Es decir, no te salgas ni con el pensamiento de tu cocina, tu sala y tu alcoba. ¡A lo suyo cada uno!

CON.—(Llorando.) Pero... ¡soy tu mujer!

ANT.—Por eso te lo mando. Porque eres mi mujer. Mi costilla. ¡Nada menos que mi costilla! Pero nada más que mi costilla. (Gravemente.) No olvides cuál es tu papel ni cuál es el mío.

Entran Julia y don Pedro por el patio y en seguida sale, también por el patio, Consolación.

PED.—¿Me necesita usted?

ANT.—Luego. Voy a echar al mediquillo joven, y como usté es su compañero de grímpola, se me ha ocurrido que sea usté el que le administre el jicarazo. No le diga que no me sirve porque es pancista. Dígale que no tengo fondos para hacer otro cementerio. Con tinura, ¿eh? (Suena la aldaba del portón.)

JUL.—¿Quién?

LUIS.—(Dentro.) Gente de paz.

JUL.—(Abriendo el portón.) ¿Qué desea usted?

LUIS.—(En el zaguán.) ¿Don Pedro Govantes? (Conmovido.) Pero, me parece que usted... (Entrando.) ¿No es usted su hija?

JUL.—(Reconociéndole de golpe y saltándole al cuello, loca de alegría.) ¡Pedro Luis!

PED.—(Con una emoción que le enronquece.) ¡Hijo, hijo mío, hijo de mi alma...! (Le besa anhelante, mientras los sollozos hinchan su pecho.)

(Pedro Luis es uno de esos hombres a los que fortalece la pelea por la vida. Su figura es apuesta y en su lozano rostro, grave y varonil, brillan unos ojos llenos de resolución y de audacia y se aprieta una boca voluntariosa, que debe haber tragado mucha hiel. Viste con elegante soltura un traje oscuro de americana.)

LUIS.—(Emocionadísimo.) ¡Vamos, padre!

PED.—(Dejando correr sus lágrimas.) ¡A los diez años!... ¡A los diez años te acuerdas de que dejaste aquí un padre!

LUIS.—¡Nunca te olvidé!

PED.—(Besándole.) ¡Malvado, egoísta!

LUIS.—¡Te lo juro!

PED.—(Apretándole contra su corazón.) Ya... ¡te podrías quedar allí! (Al abrazarle, derríbale el sombrero y ve que tiene en la frente la marca roja de una herida cubierta por un trozo de tafetán.) Pero ¿qué es esto, hijo?

LUIS.—(Con precipitación.) Nada. (Julia, alarmada, se aproxima a su hermano.) Que hace un ratillo tropezó con mi frente una bala ciega, sin saber lo dura que es. Ya me ha enterado el médico de que no iba en mi busca, sino en busca de los enemigos del señor Venegas.

PED.—(Volviéndo hacia don Antonio, que mira a Pedro Luis con recelosa atención.) Este caballero es el señor Venegas, Pedro Luis.

LUIS.—(Acercándose al cacique con el rostro iluminado por una sonrisa.) ¿Me permite usted que le abrace?

ANT.—(Sorprendido y tranquilizado.) ¿Cómo no?

LUIS.—(Abrazándole.) Sé lo que le deben mi padre y mi hermana y le quería sin conocerle, señor.

ANT.—(Halagado en su orgullo.) ¡Bah...! No hablemos de deudas.

LUIS.—(Sonriente.) No hablemos. ¡A mí lo que me importa es pagar...!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Son las nueve de la mañana. La galería esta llena de sol, y a su luz vivísima parecen más negros los cuadros, las arcas y los sillones.

Natividad, junto al velador, colocado cerca del portón, acaba de repartir unas limosnas. Tres mendigos—una bruja harapienta y calva, imagen de la rapacidad; un hombre flaco, que igual puede tener un siglo que medio, y un hombre cojo y regordete, parecido a una araña—salen por la izquierda, al aparecer don Antonio en el patio.

ANT.—(Desde el patio.) Que se da limosna; pero no conversación, Natividá.

NAT.—(Al mendigo cojo, que sale por el portal.) Ande, ande. (Entra don Antonio en la galería.)

ANT.—Cierra. (Natividad cierra el portón.) ¡Cuidao que son puercos! Parece que manchan hasta el aire. ¿Cuántas limosnas?

NAT.—Treinta.

ANT.—Que las apunte Sisí. (A Consolación que entra por el patio.) ¿Y don Pedro?

CON.—En la misa de gracias. Por cierto que el hijo, ni siendo por él, como es, quería ir. (Pausa.) Y, ahora que caigo: el viernes te aguardó en el confesonario don Juan más de una hora.

ANT.—Con los preparativos de la elección...

CON.—(Nerviosamente.) Don Juan dice que se «procupa» por el ejemplo. Yo

creí que se exigía algo más. Pero, por lo visto, dando ejemplo, aunque no se confiese como es de ley...

ANT.—(Soltando la risa.) ¡Na, que te ha picao la tarántula!

CON.—¡Eso a la Platera y a la mujer del organista, que se han peleao en mitá del porche!

ANT.—(Con frialdad.) ¿Y qué?

CON.—Que se han peleao... ¡porque tienen que ver contigo! (Rompe a llorar.)

ANT.—(Con una tranquilidad absoluta.) ¿Y qué? (Después de una pausa amenazadora.) No llores, que no hay motivo. ¿Que te importan esas... fulanitas? ¿Crees que me dejaría dominar por ellas...? Mírame bien. Mi facha ¿es de cadete o de capitán general?

CON.—Todo el mundo se burla de mí. Se sabe hasta que ya no tenemos la misma habitación.

ANT.—Pues con eso lo que se sabe es que vivimos a la moderna. (Indulgente.) Mujer, no me hagas desbarrar con tus pretensiones de barajarme.

CON.—¿Y lo pretendo yo, que, con que fueras prudente, me conformaría?

ANT.—¿No lo soy...? ¿Puedes echarme en cara alguna locura...? Después de los cuarenta, el que es chato conoce que es chato, y el que es narigón se ha convencido de que es narigón. Las ilusiones se hielan. De modo que yo no presumo de que mi nariz atonte a las mujeres. Es que las mujeres van, como las alondras, a lo que brilla.

CON.—(Sonriéndose.) Se te ocurren unas cosas...

ANT.—Ríete, mujer, ríete, que en casa quiero paz. (Al oir la aldabita del portón.) Abre.

Abre Consolación y entran Julia, don Pedro y Pedro Luis. Julia, que viste de negro, luce una fina mantilla y unos magníficos pendientes de brillantes.

LUIS.—Buenos días.

CON.—Buenos días.

ANT.—Hola, señor forastero. (Consolación sale por el patio.)

LUIS.—¿Se descansó?

ANT.—Divinamente. (Fijándose en los zarcillos de Julia.) ¡Porra! ¿Traes ahí dos faroles?

JUL.—Es un regalo de Pedro Luis.

ANT.—(A Pedro Luis.) Bien van los negocios, compañero.

LUIS.—No marchan mal; pero le advierto que casi todo mi caudal está en las orejas de mi hermana.

ANT.—En ese caso...

LUIS.—Es que tengo otro caudal: el de querer y saber trabajar. Yo, cuando salí de España, era, como casi todos los señoritos, bebedor, mujeriego y camorrista, y estaba en condiciones de enseñar a los más listos en la profesión que había cultivado, que era la de verdugo del tiempo. Figúrese, pues, mi situación en Buenos aires: veinte años, una ambición de águila y una torpeza de topo.

ANT.—(Riéndose.) ¡Sí sería buena...! Pero, ¡caray!, a los veinte años no es lógico encontrarse tan sin recursos. (Con satisfacción.) A esa edad estudiaba yo el pregaratorio de Derecho y ya me había tragado dos cursos de Medicina y dos de Filosofía. Filosofía: de «philos», amante o aficionado, y «sophia», sabiduria. (Con petulancia.) Se acuerda uno, sabe uno algo, aunque vegete en un rincón. De manejar librotes, y de podar olivos, y de cuidar viñas....

LUIS.—¿Y si no hay olivos que podar, ni viñas que cuidar?

ANT.—(Con suficiencia.) Hay otras cosas.

LUIS.—Sí, pero tan duras... Verá usté cómo gané mis primeros cuartos en Buenos Aires. Llevaba quince días de dieta rigurosa, cuando un compañero de bostezos, señorito como yo, pero más orgulloso que yo, me cedió un acomodo que le habían proporcionado en un circo Fuí, me dijeron que se trataba de una pantomima, me aclararon algunos puntos sobre mi intervención en ella, y firmé el contrato. Mi papel, el principal, era muy fácil. Yo, vestido maravillosamente con un

pantalón cuyos fondillos llegaban al suelo y con un frac cuyos faldones no me cubrían ni la cintura, y rapado perfectamente, no tenía más que una obligación: entrar en la pista, sentarme frente a la puerta por donde salían los titiriteros y aguantar su gimnasia de manos y brazos, diciendo a todo que no. Verdaderamente fácil, como habrá notado usted.

Ant.—Pero ¿qué gimnasia hacían?

Luis.—¡Oh! Conmigo, la más vulgar. Primero se presentaba el director del circo, muy peripuesto, con su levita verde y sus bigotes engomados. «¿Qué hace usted aquí?» Y yo me encogía de hombros... «¿Quién le ha dado licencia para entrar aquí?» Y yo volvía a encogerme. «¡Márchese!» Y entonces empezaba yo a recitar mi papel: «¡No!» «¿No?» «¡No!» «¿Qué no se va usted?» «¡Qué no!» Y esta resolución heróica me valía un par de bofetadas del señor de la levita verde, que se retiraba con mucha dignidad.

Ped.—Pero... ¡es horrible!

Luis.—¡Quiá! Es molesto, padre. Nada más que molesto. Después del director, me acometía el barrista, que, para castigar mi insolencia, no se conformaba con darme dos moquetes y me daba cuatro, con profundo regocijo de la chiquillería. Pero, detrás del hombre de las barras, venía el hombre de los trapecios, que me obsequiaba con ocho; y detrás el contorsionista, que me atizaba diez; y detrás el malabarista, que jugaba con mi cabeza como con uno de sus pelotones, y luego me honraban los payasos, cuyas bofetadas parecían tiros, y, por fin, grande como un elefante y pesado como un hipopótamo, aparecía el hércules... ¡Y qué gritos de júbilo entonces, y qué carcajadas tan alegres!

Jul.—(Triste y avergonzada.) ¡Cállate!

Luis.—¿Por qué?

Ped.—(Herido en su corazón y en su orgullo.) Siempre te ha gustado burlarte así.

Ant.—(Riéndose.) Pero ¿no le da a usté vergüenza de referir esos episodios?

Luis.—¿Vergüenza de contar lo menos vergonzoso que, hasta entonces, había hecho en mi vida?... ¡Cá! No, señor. Gracias a la pantomima, por primera vez, fuí útil. Tolerando que me escarnecieran para hacer reir. Conforme. Pero yo, que nunca lo había sido, y que aún no lo podía ser con mi cerebro, que era una tierra abandonada, ni con mis manos, que sólo servían para partir el pan que no sabían ganar, fuí útil con mis mejillas. Y, admírese usted: aquella noche, recibiendo bofetadas, empecé a tener verdadera dignidad.

Ant.—(Socarrón.) Y... ¿siguió almacenando dignidad de ese modo?

Luis.—Algunos días. (Sonriendo.) Pero, no se burle usted. Si reflexiona, no se burlará. No voy a descubrirle que una lección le conviene a todo el que es capaz de aprovecharla. Y cómo, además, aquéllas me habituaron a soportar el dolor, y como a este hábito les debí después, en el boxeo, muy bonitos triunfos, dígame si las lecciones del circo no me fueron provechosas.

(Entra Sacris por el portón.)

Sac.—(Alegremente.) Buenos y santos.

Ant.—(Con sorpresa.) ¿Usté por aquí?

Sac.—(Riéndose.) Pos ¿no hemos quedao amiguísimos?

Ant.—Sacris... ¡que no me fío de usté!

Sac.—Entonces menos se va a fiar de un galán que ha entrao ahora mismo en su molino y que va a salir de allí más veneguista que don Antonio Venegas.

Ant.—(Con interés.) ¿Su yerno?

Sac.—El marío de mi hija, que trae la rama de olivo.

Ant.—Sacris, si eso es verdá, abriremos cuenta nueva.

Sac.—Convénzase usté.

Ant.—A convencerme voy. (Sale por el patio.)

Ped.—(A Pedro Luis.) Este señor es Sebastián Alvarez, el labrador más acaudalado del pueblo y mi mejor amigo.

Sac.—(Dándole la mano a Pedro Luis.) ¿Está usted bueno?

Luis.—Y contentísimo de conocer a usted, señor Alvarez.

SAC.—No, no. Dígame usté Sacris. Estoy ya tan acostumbrao al mote, que cuando me llaman por el apellío ni siquiera hago caso. ¿Verdá, Julita? Pero ¿por qué ponemos esa cara de juez?

JUL.—Es que he dormido poco y me duele la cabeza. Me voy a acostar un ratillo. Hasta luego. (Sale por la derecha.)

SISÍ.—(Desde el patio a don Pedro.) Que don Antonio le necesita.

SAC.—Y mi yerno también le necesitará... Vaya usté... y ayude pa que se firmen las paces.

PED.—Con el alma y la vida. (Sale con Sisí por el patio.)

SAC.—(Amablemente y fingiendo una respetuosa timidez.) Por mí, si tiene usté que hacer algo...

LUIS.—Serle agradable.

SAC.—Muchas gracias. No merezco esa finura; pero sé agradecerla. Y viniendo de usté, más, porque su padre y yo somos buenísimos compañeros, y ahora, con mi entrá en el veneguismo, vamos a ser como hermanos.

LUIS.—De manera que usted es un campeón que se rinde.

SAC.—¡Psé...! Rendirme... Pero yo, bajo como soy y abajo como estoy, no me resino a que me pisen las espaldas. Pa escalón no me trajo al mundo mi madre. Y con Venegas el único modo de no serlo es no pelear.

LUIS.—¿Y para qué peleó usted?

SAC.—Que sé yo. Por el genio, porque nos hace desvariar el cochino genio. (Dándole un valor extraordinario a la confidencia.) A mí, cuando la sangre «me se» sube a la meollá, me parece que «me se» borran las arrugas, y que el pelo «me se» pone como el carbón y que me salen otra vez los colmillos. (Riéndose.) Ya ve usté. Siendo uno lo que se llama una pavesa. (Grave.) Pero la sangre no me juega muchas trastás.

LUIS.—Y que don Antonio no dará motivos. Gran persona, ¿verdad?

SAC.—(Con una ambigüedad graciosísima.) Una persona... ¡tremenda!

LUIS.—Brusco, pero de grandísimo corazón.

SAC.—¡Claro que lo tendrá!

LUIS.—(Un poco sorprendido.) ¡Cómo que lo tendrá! ¿No lo tiene?

SAC.—(Candoroso.) ¿He dicho yo tal cosa? (Con la energía de un hombre de bien.) ¡Ni la diría aunque me diesen un tesoro! ¿Quién conoce a alguien en su interior? (Páusa.) Pero si yo no entrao por completo en las honduras de Venegas, estimarle sí que le estimo, y le juro a usté que si se ponen las cosas de tal conformidá que no hay más remedio que ser caballero... ¡don Antonio lo es superiormente!

LUIS.—¿Y si no se ponen así las cosas?

SAC.—(Como una monjita alarmada.) ¡Carámbolis, que hace usté unas preguntas! (Adulador.) ¡Cómo se advierte que es usté un hijo pródigo de esos que han recorrío medio planeta...! (Bajando la voz.) ¿Cuántas palabras pudo soltar sin que lo calara usté?

LUIS.—(Ocultando la inquietud que le asalta.) Sin embargo, yo no me pude imaginar que...

SAC.—(Interrumpiéndole.) Oiga: hace ya muchos inviernos, pa hablar con media humanidá, mi santo es San Nosé, que nunca compromete; pero, pa dirigirme a los amigos, tengo otro santo que es San Aguaclara. De modo que ná malo de don Antonio le cuento, porque ná malo sé. Si lo supiera ¿no se lo contaría siendo usté hijo de don Pedro, y siendo uña y carne don Pedro y yo...? Tan uña y carne, que por él principalmente reñí con Venegas. Porque indigna eso de que se atropelle... (Como avergonzado de su indiscreción.) Ea, ya me iba a desbocar. (Por la lengua.) ¡Esta maldita es lo único que no se ha puesto viejo en mí y corre como un chiquillo que se escapa de la escuela!

LUIS.—Pues déjela ahora correr, si quiere a su amigo tanto como dice.

SAC.—Después de todo, hablando con usté no le voy a perjudicar. Y que son tonterías. Que duelen, sí; pero que, mirándolas con serenidá, no deshonran. El que le reprendan a un viejo bárbaramente ¿le deshonra? ¡Tendría que ver! ¡Como

tendría que ver que perdiese la honra porque le hubieran amarrado lo mismo que a un criminal!

Luis.—(Disimulando su ansiedad.) ¿Y han amarrado a mi padre?

Sac.—(Como sorprendido.) ¡Ah! ¿No lo sabía? Yo pensé que su hermana... Pero no se apure usté, que fué una broma que nos dió don Antonio.

Luis.—Y con mi padre ¿bromea así frecuentemente?

Sac.—¡No, hombre, no! Ni conmigo. En don Antonio, pa que usté se entere, lo principal es el estrépito. Si fuéramos a creer a los que le odian, no hay en presidio un ladrón que, comparao con él, no sea un seminarista de primer año. Pero ya sabe usté que la pasión tó lo agranda y que más corta una lengua de mujer que un cuchillo. ¡Las mujeres!... ¿Ve usté? Por ahí llegará a su perdición. ¡La cabeza apostaría...! Tan feo y tan maúro, es más enamorao que un mico, y no hay «naguas» que se les escapen por las buenas, por las malas o por las peores. En eso no lo defiendo, porque ¡carámbolis! se ha cargao cada partía... Y asi, naturalmente, moza que se arrima a él, o que deja que se le arrime... pues, pa la gente, es virtú al agua

Luis.—(Dominándose.) ¿Sea quien sea la moza? (Con gravedad.) Porque mi hermana vive aquí.

Sac.—(Como si no le hubiera oído.) ¡Si es un moro enteramente...! Un sultán. Pues ¿y su avaricia?

Luis.—(Con severidad.) No, no, Sacris. No desvíe la conversación. Ya ha dicho usted mucho para cambiarla.

Sac.—(Fingiendo un gran asombro.) ¿Mucho? ¿De qué? ¿Ande va usté a parar?

Luis —(Con frialdad y enegía,) ¡Mi hermana vive aquí!

Sac.—(Como si comprendiera de súbito y como si le molestase comprender.) ¡Oooh...! No se puede hablar con usté. Pa su edá, conoce demasiao el mundo .. y cae en lo que un viejo no caería.

Luis.—Por eso, aunque ya no hace falta que agregue nada, le suplico a usted que continúe y expresándose francamente. Ahora, la prudencia sería maldad. Al asunto. ¿Qué se dice de mi hermana? (Sacris se oprime la frente como si estuviera lleno de perplejidad.) Si es usted amigo de mi padre, confíese a mí.

Sac.—(Simulando un terrible disgusto.) ¡Por vida de mi simpleza, que nací tonto y tonto he de morirme,..!

Luis.—Confíese a mí, Sacris. No se arrepentirá.

Sac.—(Con la violencia de un hombre digno obligado a revelar lo que ocultaría por su gusto.) Pues sí, señor, se murmura de su hermana. ¡Y maldita sea mi lengua que no ha sabido contenerse! Pero como usté ha llamado al corazón del amigo... Se murmura, y tan en gordo, que no ha faltao quien asegure que usté venía con la intención de matar a Venegas. Ya ve usté qué disparate.

Luis.—(Con frialdad.) Sí que lo es

Sac.—¡Pero si en estos pueblos hay una malicia que no pué resistirse...! Dan por perdía a la hermana, y ¡claro!, creen que el hermano la tié que vengar.

Luis.—Y la malicia, ¿deja en paz al padre?

Sac.—Le deja en paz. El padre, su padre de usté, es un caballero y nadie le critica. Estando tan acabaillo como está, ¿qué se le va a exigir...? Y que, como se alumbra, porque aquí hay que rematar en bebedor con objeto de no aburrirse ni preocuparse mucho... (Riendo.) To el mundo bebe: unos pa ahogar en vino las penas, y otros pa emborrachar el hambre. Y no le vendrían a usté mal unos vasitos en este momento, pa que le limpiaran de malas yerbas el tejao. (La cabeza.) Ea, a no cavilar, que las cosas son como Dios quiere que sean y no se remedian con cavilaciones. (Entra don Antonio por el patio.)

Ant.—Bien, Sacris. Arreglao. (Apretándole la diestra efusivamente.) Ya empiezo a fiarme de usté, zorrastrón.

Sac.—¿Zorrastrón o corderillo...? ¡Pobre de mí!

Ant.—Venga a usté a la bodega, que estamos celebrando la reconciliación. (A Pedro Luis.) Y usté.

Luis.—(Calmosamente.) Un momento. Tenga la bondad. Vaya usted, Sacris, que no tardamos.

Sac.—(Con una leve inquietud.) Pues hasta luego. (Sale por el patio.)

Luis.—Dispénseme si le he cortado una diversión; pero me urge hablarle a solas.

Ant.—(Adivinando en el tono de su interlocutor algo desagradable y poniéndose en guardia.) Hable usté. (Ofreciéndole un sillón.) Asiento. (Se sientan y el cacique mira receloso a su huésped.)

Luis.—(Después de unos instantes de silencio.) Soy enemigo de rodeos y voy a expresarme con una claridad absoluta.

Ant.—Así me expreso yo siempre.

Luis.—Pues escuche.

Ant.—Escucho.

Luis.—En el pueblo hay quien asegura que yo he venido a matarle a usted.

Ant.—(Verdaderamente asombrado.) ¡Atiza! (Echándose a reir de pronto.) ¿Y le ha preocupado esa barbaridad...? ¡Pero hombre!

Luis.—(Muy serio.) No; esa barbaridad no me ha preocupado. Lo que me ha preocupado es su origen, porque aseguran que vengo a matarle los que afirman que no ha sabido usted respetar a mi hermana.

Ant.—(Ambiguamente.) ¡Ah! (Después de una pausa.) Y a la opinión de la gente, ¿le concede usté algun valor?

Luis.—Usted, por lo visto, ¿no se lo concede?

Ant.—(Con bárbaro desdén.) ¡Yo...! (Se ríe.) Yo estoy acostumbrao a que me calumnien, y por calumnia de más o menos no voy a perder las ganas de comer, ni el buen humor... ni la calma. Pretender que los enemigos, y hasta los amigos, se callen, es querer ponerle puertas al campo. Y como yo no estoy loco, dejo a las lenguas trabajar.

Luis.—(Con viveza.) ¡Es que ahora no le calumnian a usted, señor! ¡Calumnian a mi hermana!

Ant.—(Con grosería.) ¡Pues impídalo usté, porque yo no puedo impedirlo!

Luis.—(Incisivo.) ¡Ah! ¿Lo toma usted así?

Ant.—(En tono y gesto agresivo.) ¿Quiere usté que llore? Y dígame pronto lo que desea de mí.

Luis.—(Con energía, más sin perder la serenidad.) Lo primero, que me hable de otra manera. Con respeto, porque tengo derecho a que me respete y resolución para mantener mi derecho.

Ant.—(Visiblemente alterado.) ¿Me quiere usté insultar?

Luis.—¿Porque me defiendo?

Ant.—(Conteniéndose.) Bien. Estando donde estamos no hay discusión posible. Pero, acabe. Tenga la amabilidad.

Luis.—En las palabras precisas. Despida usted a mi padre de su casa y del Ayuntamiento.

Ant.—¿Porque se le antoje a usted? ¿Sin un motivo?

Luis.—El motivo puede ser el que le sirvió para amarrarle.

Ant.—(Cogido de improviso.) ¡Ah! ¿También?... (Levantándose.) Pues no. Para lo que pretende, no es posible aprovechar ese motivo.

Luis.—¿Y no buscará usted otro?

Ant.—(Imperturbable.) No.

Luis.—¿No le convendría que saliese de aquí mi padre sin saber miserias que debe ignorar?...

Ant.—(Con obcecación malévola.) No.

Luis.—¿No le importa el escándalo?

Ant.—¿El escándalo? (Volviendo a alterarse.) ¿Quién va a escandalizar?

Luis.—(Dominando sus nervios.) Sin perder la calma, señor. Se lo suplico. (Pausa.) Su conducta es tan singular que, si no confiase yo tanto en Julia, sospecharía. Compréndalo,

ANT.—Y si usté sospechase, ¿qué?

LUIS.—(Con serenidad.) Como no sospecho todavía, no le replico.

ANT.—(Con desdén.) Mejor. Y no se rompa usté la cabeza con charadas. Y otra vez, para librarse de ideillas negras, antes de solicitar un favor, entérese de si cuesta mucho concederlo. Su padre me debe más de cinco mil pesetas y no me ha pasado por la imaginación despedirme de esos mil duros.

LUIS.—(Con alegría.) ¡Oh! ¿Era por eso?... ¡Se los pagaré yo!

ANT.—(Con frialdad.) Es su padre quien me los debe

LUIS.—(Firmemente, después de una pausa.) Pues llegaré adonde haya que llegar, y se los pagará mi padre.

(Entra don Pedro por el patio.)

ANT.—(Con socarronería.) Ahí le tiene. Convénzale... si se deja convencer. ¿Qué hay, don Pedro?

PED.—(Con pueril entusiasmo.) Que Sacris nos espera en su bodegilla. (Riéndose.) Con el «quitapesares» amontillado.

ANT.—Allá voy. (Deteniendo a don Pedro.) No; usté, no. Usté, dentro de un ratillo. Cuando paguen los del acite, que están acabando de cargar. Le reservaremos su botella. (Sale por el portón.)

PED.—(Apenado e iracundo.) ¡Habrá imbécil! Le invitan por mí...

LUIS.—(Cariñoso.) ¿Y qué te importa? Hoy, ¿no has bebido ya demasiado?

PED.—(Arisco.) ¿Sermones, Pedro Luis? ¿No te has dejado en America esa costumbre? (Con sorda cólera.) No se pierden las malas mañas. Genio y figura...

LUIS.—(Respetuosamente.) Yo las he perdido. (Cogiéndola una mano y apretándosela amorosamente.) ¡Vamos, padre, que no te censuro! ¡Si comprendo que aquí te fuerzan a beber las condiciones en que se desarrolla tu vida! Ya sé que tu existencia no es muy blanda.

PED.—(Sobre aviso.) La existencia no es blanda en ninguna parte. Eres muy niño todavía, Pedro Luis. Lo interesante, sea dura o blanda la existencia, es influir, mandar, imponerse. (Con petulancia.) Y aquí, sin que nadie lo sepa, el amo soy yo, porque domino al amo! ¡Yo! ¡Tu padre! ¡Esa es la realidad! El cerebro de esta casa y de este villorrio—¡que es una carroña con un grajo encima!—está delante de tí

LUIS.—Y don Antonio ¿es generoso contigo?

PED.—¿El? ¡Con nadie!

LUIS.—Entonces ¿qué le habrá impulsado a prestarle a un hombre que nada tiene como tú?

PED.—(Con asombro.) ¿Que él me ha prestado?

LUIS.—Me ha dicho que más de cinco mil pesetas. ¿No es verdad?

PED.—(Sombriamente.) Que se las debo es verdad. (Con energía.) Que me las haya prestado, no lo es. Yo me encargué de la Secretaría del Ayuntamiento seguro de que, como mis antecesores, cobraría cuatro mil pesetas, y las cobré más de dos años. Luego me dijo don Antonio que mi sueldo jamás había pasado de dos mil... y me convirtió en su deudor.

LUIS.—(Dolorido y airado.) Es decir, que te burla, que te roba y que, pareciéndole eso poco, se atreve a humillarte.

PED.—(Con algún desconcierto.) ¿A mí?... Me figuro que te han llenado la cabeza de fábulas.

LUIS.—(Con amargura.) ¿No te amarraron ayer?

PED.—(Entre avergonzado y colérico.) ¡Me amarraron por broma!

LUIS.—Por broma ¿se puede amarrar a un caballero?

PED.—(Alterado.) ¡Sí, puesto que me amarraron a mí!

LUIS.—¡Padre!

PED.—(Temblando de ira.) ¡Sí, puesto que me amarraron a mí! (Pausa.) No sigas por esa senda. ¡Si te han dicho que con tu padre se puede jugar, te han engañado! ¡No se juega con tu padre! (Amenazador.) ¡Y si tú lo has creído... eres un!...

Luis.—No te contengas. Sigue, y te convencerás de que no soy más que un hijo respetuoso.

Ped.—(Amansado.) Si es así, respeta mis debilidades. (Con creciente emoción.) Hace diez años te fuiste en busca de una vida más digna. ¡Más digna!... No he conseguido olvidar esas palabras. Si ahora te vas, no me hieras. (Con la voz mojada en lágrimas.) Ya no estoy fuerte, Pedro Luis. Y no has debido avergonzarme.

Luis.—(Amorosamente.) Pero, ¿te avergüenzas que me duela una humillación que has sufrido? ¡Padre, que la he mencionado para pedirte que dispongas de mí!... El hijo que te habla en este momento, no es el que emigró: es un hijo para el cual la única vida digna es la que se emplee en defenderte y ampararte. ¿Por qué, teniendo yo ánimos para trabajar, te has de someter tú a un bestia? ¿Por qué has de vivir esclavizado pudiendo ser el dueño de mi casa?... Serás el dueño de mi casa, me ayudarás, me dirigirás...

Ped.—¿Necesitas tú directores como yo? (Pausa.) No, no me iré. No es por soberbia. Si tuvieses algo asegurado, abandonaría este pueblucho sin la menor vacilación. Pero tú no tienes más que esperanzas y yo tengo aquí una realidad. (Gravemente.) Una realidad que sostiene a Julia y que asegura su porvenir.

Luis.—(Vacilante.) Padre... Te equivocas. Esa realidad que sostiene a Julia no asegura su porvenir. Lo compromete.

Ped.—(Después de una interrogación muda.) ¿Por qué causa?

Luis.—(Afligido, pero resuelto.) No te la quería revelar, pero me obliga tu resistencia. Perdóname.

Ped.—(Con ansiedad.) ¿Qué vas a decirme? (Temblando.) ¡Calla, si es cosa que no deba oir un padre!

Luis.—No debo callar... Perdóname. (Bajando la voz.) Se critica a Julia.

Ped.—(Excitadísimo.) ¿A mi hija? ¿Y quién? ¿Y con qué pretexto?

Luis.—(Amargamente.) ¿No vive junto a ese hombre?

Ped.—(Indignado.) ¡Vive junto a mí, donde vivo yo!

Luis.—¡Pero a su lado! ¡Y escucha a la gente y oirás decir que en el mundo todo es posible!

Ped.—(Lívido de furia.) ¡Esa monstruosidad, no! ¡Es imposible que mi Julia no sea la misma honestidad! ¡Si no es ella virtosa, es que en la tierra no hay virtud! ¡Antes que creer que se ha envilecido, creería, que, sin saberlo, han robado mis manos! ¡Dime quién es el autor de la calumnia, para que haga yo lo que tú no te has atrevido a hacer!

Luis.—(Con dignidad.) Bien sabes lo peligroso que sería ofender en mi presencia a Julia. No me han dicho que se haya envilecido, sino que el pueblo lo cree, porque habita aquí. ¡Y hay que defenderla! (Violentamente.) ¡Del pueblo y del amo de esta casa! ¿Es que no puede estar enamorado de Julia? Y si lo está, un bruto como él, para perseguirla ¿no apelará a los medios más viles?

Ped.—Pero ¿has perdido el juicio? ¿Habría tolerado tu hermana ni siquiera la sombra de una insinuación...? ¡No la conoces, Pedro Luis, y vas a conocerla! (Llamando junto a la puerta de la derecha.) ¡Julia, Julia! (Entra Julia. Procura sonreir con indiferencia; pero en la alteración de su rostro se comprende que ha escuchado. Viste un traje sencillo de casa.

Jul.—¿Me has llamado mucho? Estaba en la alcoba acabando de vestirme.

Ped.—(Después de mirar largamente a Julia y de acariciarle las mejillas.) Mírala. Mira estos ojos, Pedro Luis. ¿No te avergüenzas de haber repetido esa calumnia?

Jul.—(Sin conseguir dominar sus nervios y apartando cobardemente sus miradas de Pedro Luis, que la observa con ansiedad.) ¿Una calumnia?

Ped.—¡Una infame calumnia, que tú vas a destruir!

Jul.—(Cediendo irreflexivamente al pavor.) ¡Me asustas!

Luis.—(Acariciándola.) ¡No, boba! ¿Por qué has de asustarte? ¿Por una pregunta que quiere hacer papá...?

Ped.—Corre por ahí que entre Venegas y tú hay unas relaciones que no son puramente amistosas. (Julia, avergonzada, oculta el rostro en el pecho de su hermano.)

Y nosotros, que no dudamos de ti, queremos saber si don Antonio, en su trato contigo, se ha olvidado de que tú eres una señorita y él un hombre que no es libre. (Julia rompe a llorar. (¿Qué significan esas lágrimas...? Responde. ¿Te ha cortejado? (Julia permanece cabizbaja, sin bríos para contestar.) ¿Tienes que pensar la respuesta?

JUL.—(Dominándose, pero sin conseguir que su voz sea firme.) No tengo que pensarla. No me ha cortejado.

PED.—¿No te ha hecho ninguna insinuación?

JUL.—Ninguna.

PED.—¿Ni has observado en él...?

JUL.—(Interrumpiéndole.) Nada. Conmigo es como con las personas de su familia; brusco, violento. (Con sinceridad.) Nadie podría decir ni siquiera que me tuviese estimación.

PED.—(A Pedro Luis.) ¿Te has convencido?

LUIS.—Me he convencido. (A Julia, que le mira con sorpresa y dolor.) No he dudado de ti. He dudado de ese hombre... y le he temido al pueblo.

PED.—(A Sisí, que entra por el patio.) ¿Qué ocurre?

SISÍ.—Que han acabao los cargaores y quieren abonar el aceite.

PED.—Llévalos al despacho. (A Pedro Luis, cuando sale el mozo por donde entró.) No vuelvas a olvidar que he mirado por mi hija y que, para ciertos atrevimientos, hubiera sido un juez muy duro. (Sale por el patio.)

JUL.—(Después de unos instantes de silencio.) No le contraríes.

LUIS.—¿Ni por ti? ¿Qué sería de ti, si yo no interviniera? ¿Seguirías viviendo junto a un indivíduo que es, según los maliciosos...? No quiero repetirlo.

JUL.—Si nuestro padre tuviese dónde ir...

LUIS.—Adonde yo vaya. ¿Con quién estará más considerado?

JUL.—Sí; pero con lo vidrioso que es... Se avergonzaría de que tú le mantuvieras.

LUIS.—Y de que le mantenga ese bestial sujeto ¿no? (Persuasivo.) ¡Julia, ayúdame! ¡No te sacrifiques a su vanidad! ¿No es justo que defiendas tu fama y tu derecho a que te respeten, y que aspires a ser feliz?

JUL.—(Con melancolía.) Es igual.

LUIS.—(Hondamente emocionado.) ¿Igual? ¿Es igual la tristeza que la alegría, y el honor que la infamia? ¿Es igual vivir que morir...? Julia, ¿qué tienes?

JUL.—(Conteniéndose.) Nada.

LUIS.—¿Qué tienes, hermanita? A los veinte años, no es lo mismo volar que hundirse; a los veinte años, la vida, que luego será un tormento, es una fiesta... ¿Por qué no lo es para tí?

JUL.—Yo he sido tristona siempre.

LUIS.—No. Cuando me fuí, salían de tu boca menos palabras que risas.

JUL.—Hace tanto tiempo...

LUIS.—Y has cambiado de tal modo... Yo no he cambiado. Mira... (Saca de un bolsito de raso que guarda en la cartera cuatro moneditas de a dos reales.) Estas moneditas, todo el caudal que pudistes ahorrar, pasaron de tu alcancía a mi bolsillo la mañana que embarqué. ¿No recuerdas...? Tú, que a los ocho años, tenías una terrible ambición, te pusiste a reunir para comprar una viña...

JUL.—(Riendo entre lágrimas.) Sí, ahora recuerdo. Me ilusionó lo de comprar cuando fuera grande, una viña, y se lo decía a todo el mundo. Soñaba con mi viña.

LUIS.—Y, sin embargo, para que no prescindiera de ninguna comodidad en mi viaje, me diste el dinero. Tu finca, Julia; tu puñadillo de esperanzas y de ilusiones. Pero estas monedas nunca han salido de aquí. Llevándolas como un amuleto y pensando en hacer dichosa a la pequeñuela que me las entregó, he trabajado y casi he vencido... Y ahora, al llegar con la dicha, me dices que es igual. ¿Por qué, Julia? ¿Es que ya no me quieres, o es que, por desgracia, he llegado tarde?

JUL.—(Conteniendo las lágrimas.) ¿No quererte yo...?

LUIS.—(Con amargura.) Entonces... he llegado tarde. (Julia rompe a llorar nerviosamente.) ¡He llegado tarde!

JUL.—(Sollozando.) ¡Pero no soy mala, Pedro Luis! (Apretándose contra su pecho.) ¡No me abandones! ¡Aunque lo merezca, no me abandones!

LUIS.—(Acariciándola.) ¿Abandonarte yo? ¿Por qué? ¿Porque eres desdichada? ¿Porque te has enamorado de un hombre que no merecía tu cariño?

JUL.—(Con altivez.) ¡Ah, no! ¡No me enamoré! ¡No me creas peor de lo que soy! ¡Abusó de mí!

LUIS.—(Demudado.) ¿Qué dices?

JUL.—¡Por nuestro padre! Porque yo no me rendía, le maltrataba, le esclavizaba...

LUIS.—(Temblando.) ¡Julia!

JUL.—(Conteniendo los sollozos.) Y él, viéndose tan perseguido, se pasaba las noches llorando como una criatura... ¡y diciéndome que tendríamos que pedir limosna! (Llorando.) ¡Nuestro padre pidiendo limosna, a su edad y con su orgullo...! ¡Pidiendo limosna porque no podía vivir junto a ese hombre, y porque, separado de ese hombre, que le colocó, no sabía cómo vivir...! Yo, ¿hubiera tenido ánimos para tolerar que, por mi culpa, le despidiese o siguiera maltratándole...? Pero antes de que se me acabaran los ánimos, esa bestia feroz... (Abrazándole sacudida por los sollozos.) ¡No, no es posible que te lo imagines, Pedro Luis!

LUIS.—(Estremecido por una cólera que le incendia los ojos.) ¡No, no me cuentes más! ¡Ahórrate toda violencia! (Besándola.) ¡Y sé valiente!

JUL.—Sí, Pedro Luis. Pero, ¡no me abandones! ¡Llévame contigo!

LUIS.—(Acariciándola.) ¡Conmigo, conmigo, para que ya no te separes de mí! Pero ten valentía y ayúdame.

JUL.—¿Qué he de hacer?

LUIS.—(Entre caricias.) Estar serena, tragarte las lágrimas, sonreir... ¿No serán cosas muy difíciles?

JUL.—No. (Inquieta.) Y tú...

LUIS.—Yo nunca pierdo la serenidad. (Llevándola hacia su habitación.) Y arréglate. Que no te vean así.

JUL.—Lo que tú mandes. (Sale Julia por la derecha. Pedro Luis recorre la estancia meditabundo, y de pronto, como si hubiese adoptado una resolución, se asoma al patio y llama.)

LUIS.—Sisí... Sisí...

SISI.—Va (Entra a los pocos segundos.) No ha acabado don Pedro, señorito.

LUIS.—¿Me haría usted el favor de avisarle a su amo? (Entra don Antonio por el portón.)

ANT.—No hace falta. (A Sisí.) Vete. (Cuando deja de ver al mozo.) Comprendí que iba usté a seguir averiguando y, por si al rematar sus averiguaciones me echaba usté de menos, no me he entretenido.

LUIS.—(Con una emoción que sólo es traicionada por un leve temblor de las manos y un ligerísimo enronquecimiento.) Gracias.

ANT.—(Torvamente.) Creo que en la calle estaríamos con más comodidá que aquí.

LUIS.—(Calmoso.) Con la misma.

ANT.—O con más libertá.

LUIS.—Con la misma libertad.

ANT.—(Pausadamente.) Lo decía porque en mi casa no me gustan los escándalos.

LUIS.—A mí en ninguna parte. Pero como no es preciso escandalizar... Me limitaré a formular una proposición: que haga un viaje en mi compañía.

ANT.—No le entiendo. Explíquese.

LUIS.—Iremos a la capital, donde usted cuenta con muchos amigos y yo con algunos; inventaremos una fábula: que usted me ha abofeteado o que yo le he abofeteado...

ANT.—(Interrumpiéndole, pero sin alterarse.) Eso último no lo iban a creer.

LUIS.—(Reprimiendo su cólera.) Y usted me enviará los padrinos o se los enviaré yo.

ANT.—(Secamente, después de negarse con movimientos de cabeza.) No.

LUIS.—(Mirándole con fijeza y hablando con lentitud.) Usted no se puede negar a complacerme.

ANT.—(Con una mirada agresiva.) ¿Por qué?

LUIS.—Porque a su edad, los hombres son razonables.

ANT.—Por eso no haré una tontería.

LUIS.—Obrar como los caballeros para librarse de ir a presidio, ¿es una tontería?

ANT.—(Con bestial tozudez.) ¡Sí, señor! Y no continúe, porque es inútil. (Con violencia.) ¡No me bato! ¡Yo no pierdo el tiempo, ni me pongo en ridículo! ¡Si usté quiere pedirme cuentas, pídamelas sin necedades, a solas, y nos atizaremos no un tiro o una cuchillada, sino las cuchilladas y los tiros que buenamente podamos resistir! ¡Y aquí terminó la conversación!

LUIS.—(Con una frialdad amenazadora.) No. No es posible.

ANT.—(Con fiera energía.) ¡Y aquí terminó la conversación!

LUIS.—(Con una serenidad que desconcierta al cacique.) Le doy a usted... (Mirando el reloj.) Son las nueve, y de nueve de la mañana a doce de la noche van quince horas... Le doy a usted un plazo de quince horas para que estudie lo que le he propuesto.

ANT.—(Burlándose.) ¿De veras? ¿Tendrá usté esa generosidá?

LUIS.—(Imperturbable.) Dentro de quince horas, para saber lo que ha decidido, le buscaré.

ANT.—(Cada vez más descompuesto.) Y me encontrará... ¡y si se empeña le haré que recuerde las pantomimas! (Pedro Luis retrocede como si hubiera recibido una bofetada.)

LUIS.—(Con el temblor de las manos y la ronquera más pronunciados.) Puesto que no le gusta escandalizar, suprima los insultos. En situaciones como la nuestra sólo insultan los que no tienen valentía ni educación.

ANT.—(Aproximándose a su enemigo, ciego de cólera.) ¡Repita eso!

JUL.—(Asomándose por la derecha y gritando angustiada.) ¡Pedro Luis!

ANT.—(A Julia airadamente.) ¡Tú te vas ahora!

JUL.—(Con energia y defendiendo con su cuerpo a Pedro Luis.) ¡Yo me iré cuando se vaya mi hermano!

ANT.—(Dirigiéndose a Pedro Luis, con una furia que aumenta la rebelión de la muchacha.) ¡Pues fuera!

LUIS.—(A punto de estallar.) Sin gritos.

Don Pedro entra precipitadamente por el patio.

PED.—(Alarmadísimo.) ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

ANT.—(Conteniéndose, después de unos instantes de lucha interior.) Que se lo diga su hijo. (Desdeñoso.) Ese valiente que me ha emplazao para matarme, porque no me quiero batir con él.

PED.—(Con una mezcla de miedo, ira y dolor.) Tú... ¡le has desafiado!

LUIS.—(Respetuosamente.) Era mi obligación. Yo le puedo perdonar a ese caballero los insultos que me ha dirigido; pero el haberte humillado, amarrándote, no. (Don Antonio se ríe.)

PED.—(Con una excitación que poco a poco va haciéndole perder el dominio de sí mismo.) ¡Es decir, que yo sé defenderme, que yo no comprendo cuándo me insultan...!

JUL.—(Llorando.) ¡Es injusto lo que dices!

PED.—(Con ira.) Yo... ¡soy un trasto que ignora lo que es dignidad!

LUIS.—(Con energía.) ¡No; pero necesitas que te defiendan!

PED.—(Conteniendo el llanto.) ¡Como un niño...! ¡Como un idiota...! (En un grito.) ¡Vete!

Luis.—(Con humildad.) No te he ofendido.

Ped.—(Alzando las manos temblorosas sobre la cabeza del hijo, que se humilla.) ¡Vete! ¡No me obligues a probarte que me sobran bríos para castigar una insolencia! ¡Sal de aquí!

Luis.—(Apesadumbrado.) Te obedezco, padre. (A don Antonio en el momento de salir.) Hasta la vista, señor.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Es de noche. Las mariposas parpadean sobre el arcón y de la vieja lámpara brota una pálida luz que se difluye por la galería. En el patio no hay más claridad que la de las estrellas

Jul.—(Dentro, alzando la voz medrosamente.) ¡Natividad!... (Entra por el patio.) ¡Natividad!...

Nat.—(Dentro.) Señorita.

Jul.—¡No vendrás! (Entra Natividad por el patio.) ¿No te he dicho que no te separes de mí?

Nat.—(Afectuosamente.) Pero ¿no se le quita el miedo?... ¡Vamos, señorita! No parece sino que hasta hoy no ha oído usté a las lechuzas y al grajo.

Jul.—Pero una entró aquí.

Nat.—Vendría a beberse el aceite de las mariposas.

Jul.—Y los perros ¿por qué aullan de ese modo?.. Algo va a ocurrir. (Como si le oprimiese el corazón un presentimiento.) No es como las demás esta noche.

Nat.—(En tono de cariñosa reprimenda.) ¡Señorita!

Jul.—(Estremeciéndose.) No, no es esta noche como las demás.

Nat.—Pero, ¿qué la asusta? (Reaccionando valerosamente.) ¡Aquí no hay nadie!

Jul.—(Con angustia.) No sé.

Nat.—(Con energía.) ¡No hay nadie!

Jul.—No hay nadie... y yo siento a alguien.

Nat.—(Entre sorprendida y asustada.) ¡Señorita!

Jul.—(Con la voz trémula.) Juraría que hay alguien junto a mí; alguien que me sigue desde que obscureció.

Nat.—Esa es una locura del miedo, señorita.

Jul.—No, no. Le siento. Ha entrado conmigo en la alcoba, he oído su roce en el corredor, me ha tocado...

Nat.—¿Sin verle usté?... ¡Cuando digo que es una locura!... Usté no está buena, señorita.

Jul.—(Melancólicamente.) No lo estoy, no.

(Suena la aldaba del portón.)

Nat.—La señora.

(Abre y entra Consolación. Viste un traje obscuro y se envuelve en un mantoncillo de espuma, negro.)

CON.—Santas.

NAT.—¿Cómo está su madre, señorita?

CON.—Mejor. Si estaría ya buena si no la hubiesen sobresaltado los tiros de ayer. (Dándole el mantón.) Llévatelo. (Sale Natividad por el patio. Hay unos instantes de silencio.)

JUL.—(Tímidamente.) Consolación... tú no me puedes querer. (Consolación la mira con sorpresa y guarda silencio.) Pero, sin cariño, me debes ayudar. Te conviene ayudarme.

CON.—(Recelosa.) ¿En qué?

JUL.—Me quisiera ir mañana mismo.

CON.—(Sin disimular su alegría.) ¿Del pueblo o de la casa?

JUL.—De la casa y del pueblo.

CON.—(Con ansiedad.) ¿Y para mucho?

JUL.—Para siempre.

CON.—(Cogiéndole las manos en un arranque de gratitud.) ¿No te arrepentirás, Julia?

JUL.—(Sonriendo con melancolía.) No me arrepentiré.

CON.—(Con súbita tristeza.) ¿Pero y él?... No permitirá que te vayas, y a tí te faltará valor para desobedecerle.

JUL.—(Con firmeza.) No me faltará valor.

CON.—(Decidida.) ¿A qué debo ayudarte?

JUL.—A defender a mi hermano. Pedro Luis se ha escondido, seguramente para que no le impida mi padre hacer lo que piensa, y mi padre no le encontrará. Si no ve a tu marido, vendrá a buscarle aquí. Le conozco. Y si viene, ¿no le matarán esos asesinos que le aguardan en la calle?

CON.—(Bajando la cabeza.) Mala gente es.

JUL.—(Con energía.) Pues es preciso que no le toquen ni a un cabello. Dile a tío Manuel que vigile desde el callejón y que entere a mi hermano de que le acechan, para que se pueda salvar.

CON.—Se lo diré. ¿Qué más hago?

JUL.—(Con amargura.) ¿Te atreverías siquiera a hablarle a tu marido?

CON.—(Entre avergonzada y triste.) A eso, no. (Resignada.) Bien sabes lo poco que soy para él. Por eso no te he aborrecido, Julia. Porque como no tenía nada, nada me has quitado. Yo soy su mujer propia. Es decir, que no me debe ni agradecimiento, como a las demás. (Malignamente.) Pero él tampoco es de las demás. Somos todas de él, y por las buenas, generalmente. Tú eres la única que se le resistió. Lo sé, y estoy convencida de que se hubiera casado contigo, si antes no le hubiera yo obligado a casarse.

JUL.—Pero yo le odié siempre, Consolación, y tú le quisiste.

CON.—Le quise... y le querré, aunque el ya no me quiere. Antes era más considerado conmigo. Yo estuve en un colegio de la capital, y pasaba por la más fina de aquí. Hasta que tú llegaste no le parecía una estúpida... Ese el el único daño que me has hecho.

JUL.—Sin proponérmelo, Consolación; pero, a pesar de todo, perdóname.

CON.—(Sencillamente.) ¿De qué, si no ha sido tuya la culpa? (Ahora es Julia la que, con un cariñoso apretón de manos, demuestra su agradecimiento.) Voy a enseñarle la lección a tío Manuel.

JUL.—(Que ve a don Antonio.) ¡Calla! (Segundos después entra don Antonio por el patio.)

ANT.—(Adusto.) ¿Os habéis convertido en mochuelos...? Son las once y media.

CON.—(Con temor.) Ya me iba. Hasta mañana.

JUL.—Hasta mañana.

ANT.—Buenas noches. (Julia sale por la derecha y Consolación por el patio. Don Antonio se asoma al zaguán.) Rojillo. (Rojillo entra á los pocos instantes.) ¿Están ahí?

Roj.—Desde las nueve.
Ant.—¿Qué les has dicho?
Roj.—Lo que me mandó usté: que no dejen pasar al hijo de don Pedro, si viene, y que, si por agallas se empeña en pasar, le den duro.
Ant.—(Violentamente.) Pero con las manos. Al que utilice la pistola o saque el cuchillo, lo desuello. ¡Ojo!
Roj.—Con las manos. No tenga usté aprensión.
Ant.—Escucha ahora. Voy a llegarme al Juzgao. Como no me quiero encontrar con ese mocito, porque tendría que matarle, iré por la haza. Date un paseo por allí y sígueme después, no vayan a encajarme, a traición, un tiro desde cualquier tapial.
Roj.—Hasta luego.

Sale por el patio. Julia entra en seguida por la derecha.

Jul.—(Con inquietud,) ¿Vas a salir?
Ant.—(Groseramente.) ¿Esto encima?
Jul.—(Enérgica.) ¡Es que me prometiste no salir esta noche!
Ant.—Pero como no salgo por mi gusto, sino a la fuerza, porque me llama el juez...
Jul.—¿Y por qué no vas mañana...? Dí que ya es tarde.
Ant.—A un hombre que lleva quince horas trabajando, sin acordarse de dormir ni de comer, y tanto por servirme como por servir a la justicia, no se le debe decir que es tarde. Y como tampoco quiero decirle: «Venga usté a mi casa, que me han desafiado y no me atrevo a salir...»
Jul.—¡Ya, ya sabemos que eres muy valiente.. ! Pero el tener valor no da derecho a faltar a la palabra.
Ant.—(Con dureza.) ¡Chss...! ¡Tonterías, no! ¿Cuándo he faltado a mi palabra?
Jul.—(Con valentía.) ¡Vas a faltar!
Ant.—¡No voy a faltar, porque lo que a tí te interesa es que no reviente a tu hermano y no lo reventaré! Me voy a ir por la haza, como un blancote, y con el Rojillo, para que sujete a ese valentón si me corta el paso, lo cual, yéndome por ahí, es casi imposible.
Jul.—¿No me engañas?
Ant.—Pero ¡qué necia eres! ¿Qué ganaría yo rompiéndole la cabeza a tu hermanito? Claro que no me zamparían en la cárcel si le mataba... Pero, ¿y las molestias, y los gastos y, sobre todo, lo que supone para mí cierta madama de la media almendra? (Apretándole las mejillas con las zarpas.) Si no fuese por estos ojos, ¿estarían las cosas como están?
Jul.—(Rechazándole.) Entonces, aunque le vieras...
Ant.—No le veré. Y si le viese, yo no soy ya una criatura para que me obliguen a pelear sin ganas. Quédate tranquila.
Jul.—¿Tardarás?
Ant.—Quince minutos.
Jul.—(Con decisión.) Es que te he de hablar largamente.
Ant.—¿Más?
Jul.—Todavía no hemos empezado...
Ant.—(Después de mirar el reloj.) Pues luego empezaremos. Espérame en mi dormitorio.
Sisi.—(Dentro.) Buenas, don Pedro.
Jul.—No tardes.
Ant.—No tardaré. (Con severidad.) Y que ni sospeche tu padre que voy a salir.

Sale Julia por la derecha al sonar la aldaba del portón. Don Antonio abre y entra don Pedro. Viene arrebolado, con el brillo del alcohol en las pupilas Trae la capa derribada sobre un hombro y el sombrero encasquetado en la coronilla.

Ped.--Nada.
Ant.—Mejor.

PED.—(Sombríamente.) Hasta cierto punto. Eso de que no parezca, ¿es natural...? Y como él no se pasa de prudente...

ANT.—(Con ironía.) ¿Estamos orgullosos del fanfarrón?

PED.—Yo no estoy orgulloso de mi hijo. Estoy avergonzado, y ni le disculpo ni le defiendo.

ANT.—¡Pues hasta ahí podríamos llegar!

PED.—Es un temerario, un estúpido, que no ha sabido reirse de la calumnia... Pero ha pecado—y lo diré porque no me oye—por cariño a su padre y por culto al honor.

ANT.—(Agresivo.) ¿Por culto al honor? ¿Ya salió el honor a relucir...? ¿Cuántas copas se ha bebido usté, don Pedro?

PED.—(Con una debilidad de vencido.) Don Antonio... no me maltrate. (Con melancolía.) Hablo del honor porque en mi alma hay honor, aunque hayan declarado que no lo tengo. Y, porque me lo aconsejaba mi honor, me he puesto junto a usted y contra mi hijo.

ANT.—(Después de una pausa.) ¿Le preguntó usté a Sacris?

PED.—No sabe de él.

ANT.—¿Que no sabe de él? ¡Ese canalla le ha azuzado! ¡Me lo da el corazón! ¡Ese canalla, que siendo tan amigote de usté, le expone a perder su hijo!

PED.—(Abrumado.) Le he pedido a usted perdón.

ANT.—(Con saña.) Y porque usté me haya pedido perdón, ¿voy a consentir que me insulte y me amenace un mentecato?

PED.—(Humildemente.) No le insultará ni le amenazará.

ANT.—¡Como que le destrozaría...! Pero no basta con eso. ¡Que se gane mi perdón! ¡Que trague hiel y que se humille...! Cuando le eche la vista encima, dígale que no sea imbécil y que no venga con modernismos a estas tierras. Las cosas son como son, y el que está arriba no va a consentir que le atropelle el que está abajo. Esos señoritos de gran capital no sé qué se figuran! Si los dejasen, convertirían al mundo en una casa de locos. ¡Pero los pueblos no cambian y en los pueblos se estrellarán!

PED.—(Entre resignado y empavorido.) No, no cambian, no cambian.

ANT.—Y bueno va de charla. Voy a cerrar. (Sale por el portón, se oye el ruido metálico de una cerradura y retorna inmediatamente. Trae una llave y se la guarda cuando entorna el portón.) A dormir. Buenas noches.

PED.—Buenas noches.

Sale don Antonio por el patio. Don Pedro da unos pasos por la galería, escucha junto al portón, deja la capa en uno de los sillones, se sienta en otro, saca del bolsillo un frasco de aguardiente y bebe, paladeando el líquido, que le hace toser. Julia, que sale de su habitacion, se aproxima a él sin que la vea.

JUL.—(Con dulzura.) No bebas más. (Don Pedro la mira con desdén y bebe un trago mayor, que le fuerza a toser angustiosamente.) No bebas. Eso te mata.

PED.—(Iracundo.) ¡Esto hace que no me mate! ¡Esto me da alegría y fuerzas y me permite vivir...! ¡No quiero pensar no quiero recordar, abrumado siempre! Llego un momento en que hay que decir: basta. ¡Basta de sacrificios que no me han de agradecer! (Bebe, desafiándola con los ojos.)

JUL.—(Apenada.) No, papá.

PED.—(Excitándose.) ¡Si, sí, sí! ¿Qué os importa?

JUL—¡Papá...!

PED —¡Ni a ti ni a él! ¿Qué le importo yo al señorito aventurero? ¿Cuándo ha demostrado tenerme cariño...? Le cría usted, le mima usted, le educa, le hace hombre... y al hundirse usted en la desgracia, al necesitar su ayuda, se va, buscando una vida «más digna». ¿Eh, don Pedro.. ? ¡Una vida «más digna»! ¡Espónjese usted de orgullo con ese digno hijo!

JUL.—El no te podía ayudar cuando se fué.

PED.—(Exaltado por la contradicción.) ¡Bien se pudo ayudar a sí mismo! ¡Bien pudo labrarse la vida «más digna» que deseaba...! Pero no me quejo de eso. Me

quejo de que viéndome ahora con el pan seguro y con un buen rincón para que sea «digna» mi veiez, quiera quitarme el pan y echarme del rincón.

JUL.—(Con energía.) ¡Tú no crees eso!

PED.—(Temblando de cólera.) ¡Viene a robarme lo que he ganado, para ofrecerme después un socorro! ¡Pero no sabe que tengo demasiado orgullo para consentir que me socorran y que soy demasiado hombre para tolerar que me roben! ¡Ya se convencerá!

JUL.—(Llorando.) ¡Qué injusticia...! ¡Qué injusticia!

PED.—¡Y de probarle que le domino por la razón, por la inteligencia y por los arrestos!

JUL.—¡A tu hijo!

PED —Y como es mi hijo, si continúa echándoselas de guapo y viene aquí ¡le obligaré a arrodillarse delante de mi protector!

JUL.—(En un desesperado arranque.) ¡No le obligarás!

PED.—(Con más sorpresa que ira.) ¿Qué tono es ese?

JUL.—¡No! ¡Sería un crimen que lo consintiese yo!

PED.—¿Y quién eres tú para consentir o no consentir?

JUL.—(Trémula, mas con ardorosa resolución.) Pero, ¿no comprendes, padre? ¿No comprendes...? ¡Tiene razón! ¡Ha hecho lo que ha debido!

PED.—(Atontado por el golpe, aunque sin comprender todavía con claridad.) ¿Cómo lo que ha debido?

JUL.—¡Sí, lo que ha debido! ¡Y sería un crimen que siguiese yo escuchando tus insultos sin hablar! ¡Insúltame a mí, y ódiame o despréciame, que será lo justo!

PED.—(Con espanto al presentir la verdad.) ¿Sabes lo que dices?

JUL.—¡Oh, si no lo supiera!

PED.—(Con la voz ronca.) ¿Sabes de lo que te estás acusando?

JUL.—(Con un dolor vivísimo.) ¡Lo sé, lo sé! (Llorando, pero sin perder la resolución.) ¡Sé que no me han calumniado!

PED.—(A gritos.) ¡No, calla!

JUL.—¡No me han calumniado! ¡Es la verdad lo que corre por ahí!

PED.—(Temblando convulsivamente.) Entonces, tú... ¡tú eres una mala mujer! (Cogiéndola por el cuello.) ¡Una mala mujer! ¡Una mala mujer!

JUL.—(Quejándose con la voz estrangulada.) ¡Padre!

PED.—(Soltándola, espantado, y rompiendo a llorar con violencia tempestuosa.) ¡No eres mi hija!

JUL.—(Con un hilo de voz que parece que se va a romper.) ¡He vivido muy sola, papá! ¡No te acuso! Pero he vivido muy sola... ¡y soy muy cobarde!

PED.—¡Sola, estando conmigo! ¿Por qué no acudiste a mí para que te defendiera?

JUL.—Y contra el amigo único que te quedaba ¿te iba yo a empujar? ¿No habías querido suicidarte por no resistir la miseria? ¿No vinimos aquí hambientos y no me dijiste que el único refugio con que podiamos contar era la casa donde estamos...? Pues ¿cómo iba yo a privarte de tu único refugio?

PED.—¡Ah, no, no! ¡Hay algo peor que la miseria!

JUL —(Con mansedumbre.) Pero preferí callar, porque tuve miedo, y, por callar, he llegado a convertirme en una mala mujer. (Conteniendo el llanto.) ¡Yo no quería que lo abandonases todo y que pensaras otra vez en la muerte!

PED.—¡Habría sido mejor! ¡Hubiese dado mi vida porque resistieses!

JUL.—Pero ¡si resistí, padre! ¡Si me dominó la traición!

PED.—¡Bandido!

JUL —Primero rogué, supliqué, lloré...

PED.—¡Bandido!

JUL.—Luego quise contenerle con amenazas; después le huí... Y una noche, la del último día de su santo, me hicieron tomar un mezcla de bebidas..

PED.—(Abrazando a Julia, que llora nerviosamente.) ¡Bandido, cobarde, bandi-

do..! ¡Bajo su mismo techo...! ¡Abusando de su poder...! ¡Como si fuéramos bestias sín alma y no criaturas de Dios!

JUL —¡Porque necesitamos un pedazo de pan....!

PED.—(Con desesperación.) ¡Porque yo no lo he sabido ganar conservando mi decoro; porque no he tenido voluntad; porque soy un miserable borracho al que se ultraja impunemente...! (Ahogado por los sollozos.) ¡Y cae mi infamia sobre mis hijos...! ¡Perdón ..! ¡Perdón..!

JUL.—¡Tú a mí, padre! ¡Eres tú el que tienes que perdonar!

PED.—¡Yo, que te he deshonrado, puesto que te has sacrificado por mí!

JUL.—¡No, papá!

PED.—¡Por mí, por conservar una vejez corrompida!

JUL.—¡Para tu hija, sagrada!

PED.—¡Por mí, que no te he amparado, que he sido de bronce por tu debilidad!

JUL.—¡No, no!

PED.—¡Por mí, saco de venenoso orgullo, que hasta me avergonzaba de probarte mi cariño y lo escondía en el fondo del corazón como si fuese una flaqueza...! ¡Y rompes y manchas tu vida por un padre así, por un padre que no ha sido padre, que no merece piedad ni respeto!

JUL.—¡No! ¡Por un padre débil; pero tan desdichado y tan bueno, que vendería mi carne a pedazos por ahorrarle una humillación!

PED.—¡Bueno... y ni de escudo te he servído!

JUL.—¡Por tu misma bondad!

PED.—¡Por mi vil egoismo, por mi innoble cobardía...! Pero grande es el castigo, Señor. (Abrazándola.) Grande... ¡porque te quiero con toda mi alma!

JUL.—¡Si lo sé, papá!

PED.—¿Cómo lo has de saber, si en mí sólo has encontrado dureza...? Pero, detrás de esa dureza, había asco de mí mismo, melancolía, dolor de las entrañas... Muchas noches sembró de ascuas mi cama el remordimiento y mi conciencia no dejó entrar al sueño en mi habitación... Muchas noches me ha atormentado la aparición de tu triste figurita de niña sin besos, sin carícias, sin calor maternal...

JUL.—¡No lo digas, padre!

PED.—¡Si ni siquiera fuí blando con tu infancia...! ¿Recuerdas el día que te derribé de un empujón, porque habia bebido brutalmente?

JUL.—¡No, no! ¡Calla!

PED.—Yo no lo he olvidado, y aun te veo vacilar y caer, y aun oigo tu voceeita: «¡Ay, papá! Y yo que venía a besarte!» Venía a besarme la niña, que no contaba en el mundo con nadie que la sostuviera... ¡y yo la derribé! ¡Y la derribé cuahdo, lastimada sabe Díos por qué amarguras con su corazoncito aleteando, buscaba un consuelo! (Golpeándose la frente.) Pero tus palabras, y el sonido de tu voz, y la augustia con que me miraste, se han quedado aquí y han sido mi martirio. ¡Cuántas veces he visto aparecer en la obscuridad la carita pálida de aquella niña, alumbrada por los ojos tristes que relucían como luceros! ¡Y cuántas veces he vuelto a oir la voz que, protestando con dulzura, brotaba de las tinieblas! «¡Ay papá! ¡Y yo que venía a besarte!»

JUL.—(Besándole y llorando.) ¡No te martirices! ¡Nunca he dudado de ti!

PED.—(Con infinita amargura.) ¡Y te he quitado la felicidad!

JUL.—¡No! ¡Mi felicidad consiste en que tú seas dichoso!

PED.—¡Dichoso! ¡Dichoso un esclavo que le pide perdón al que deshonró a su hija!

JUL.—¿Y qué sabías tú?

PED —¡Debí saber! ¡Debí mirar más por ti y menos por mi conveniencia! Debí librarte del yugo de la esclavitud, al que yo me había sometido! (Con desesperación.) ¡Y ya es tarde, ya es tarde para todo! ¡Ya nada puedo impedir!

JUL.—Para salvar a mi hermano, aun no es tarde. Puedes impedir que se encuentre con ese hombre.

PED.—¿Y cómo, si no sé dónde está?

JUL.—Pero ese hombre estará aquí toda la noche, y si Pedro Luis le busca, vendrá a esta casa. ¡Espérale! ¡Pase lo que pase, no te muevas de la galería!

PED.—¡No me moveré!

JUL.—(Enérgicamente.) Van a dar las doce, y no hay que perder un minuto. Voy arriba. Me aguarda Consolación, que nos ayudará si ocurre algo. Tú no te muevas.

PED.—Descuida.

(Julia, al llegar al patio, retrocede, corre hacia su padre y, llorando, le abraza y le besa con vivísima ternura.)

PED.—Ve, hija mía, ve. (Julia sale por el patio. Don Pedro saca la botella y, para combatir su enternecimiento, bebe ávidamente. Después entreabre el portón y escucha.) Siguen ahí. (Por don Antonio.) Y sin embargo, cierra con llave y se la guarda. No le gustaría mucho la visita al valentón. (Con la voz ronca, después de socarrarse con un trago.) Y si le gustara, no la recibiría solo. Ya hay aquí un hombre que no se pondrá de rodillas aunque se le doblen las rodillas. ¡No te pondrás, Pedro! Te han quitado el honor oficialmente, pero tienes honor. ¡Tienes honor! ¡Tienes honor! Y si te faltara el honor ¿te faltaría el cariño de padre? ¡Hay que ser un padre honrado y no un borrachín! ¡Un padre que viva de la pobreza de su hijo y que le ayude! Y si no hay que comer, se sucumbe con decoro. (Tendiendo la mano como si se dirigiera a alguien.) «Una limosna, señor...» Sin vanidad, sin orgullo, como un cristiano. «Una limosna para un infeliz caballero...» (Llorando.) ¡Un caballero! ¡Un caballero el miserable que maltrata a sus hijos! ¡Un caballero el cobarde que se deja injuriar! (Con la furia del alcohol.) ¡Ah! ¡Eres un vil con gusanos en el corazón! ¡Un maldito cóbarde que no se atrevería a pelear con el Grajo! (Golpeándose el pecho.) ¡No te atreverías! ¡Le temes! ¡Hasta borracho le temes! (Sorprendido y temeroso al oir las pisadas de Pedro Luis, que entra precipitadamente por el patio.) ¿Quién va?

LUIS.—¿Estás solo?

PED.—(Con espanto.) ¡Eres tú!

LUIS.—(Escuchando.) ¡Calla! (Hay unos instantes de silencio.) Me avisaron y vi a los de la puerta; pero me figuro que ha saltado la tapia detrás de mí uno que venía siguiéndome.

PED.—(Abrazándole angustiado.) ¡Y yo no tengo un arma!

LUIS.—(Zafándose de sus brazos.) ¡No me sujetes! (Escuchando.) ¡Silencio! (En voz baja.) Sí, si saltó.

(Quedan inmóviles, acechando. Poco después aparece en el patio Rojillo, que anda cautelosamente. No ve a Pedro Luis, que se oculta, pegándose al muro, junto al arcón de la derecha.)

PED.—(Avanzando hacia el matón.) ¿Qué buscas, Rojillo?

ROJ.—No «me se» ha perdío na, don Pedro. Buenas noches... a usté y a la compaña.

PED.—Nadie me acompaña, Rojillo.

ROJ.—(Zumbón.) ¡Qué ganas de recajar! Su hijo ¿no es nadie?

LUIS.—(Colocándose junto a don Pedro.) No niegues. ¿Para qué?

PED.—¿Y por qué sigues a mi hijo?

ROJ.—(Con socarronería.) ¿Yo? Si no le sigo, don Pedro. Es que él va delante de mí. Como que es un pájaro. (Entrando en la galería.) Más ligero ha saltao la tapia que un torerillo la barrera. (A Pedro Luis.) Hay pies, amigo.

LUIS.—(Sacando la cartera.) ¿Se iría usted por veinte duros?

ROJ.—No.

LUIS.—¿Y por cuarenta?

ROJ.—No puedo.

LUIS.—Y por cien duros, ¿podría usted?

ROJ.—(Con firmeza.) ¡No!

LUIS.—Nadie habría de saber que usted me ha visto. Y se ganaría usted dos mil reales.

ROJ.—¡No! ¡Ni por dos mil millones!

LUIS.—(Guardándose la cartera.) Entonces ¿qué es lo que desea usted?

ROJ.—Vigilarle. Me han mandao que le vigile a usté, y le vigilo.

LUIS.—(Nerviosamente.) Mil pesetas.

ROJ.—No se canse usté. (Pedro Luis se acerca al forajido, y éste ve tal resolución en sus ojos, que retrocede un paso y desenvaina la faca.) ¡Cuidao, que ésta muerde! ¡No se arrime usté!

(Mas Pedro Luis no le dá tiempo para ejercitar la amenaza, porque, con la rapidez de un boxeador, le asesta un golpe tan formidable, que el Rojillo se desploma como una res apuntillada.)

PED.—(Amedrantado.) ¡Hijo!

LUIS.—¡Calla, por Dios! ¿Te figuras que le he matado? (Inclinándose sobre el valiente.) Dentro de un par de horas estará tan bueno como estaba. ¿Dónde podemos encerrarle?

PED.—Ahí, hasta que vuelva Julia. (Respondiendo a una interrogación muda.) Se ha ido con la Consolación. (Viendo que Pedro Luis coge por debajo de los brazos a Rojillo.) ¿Te ayudo?

LUIS.—Abre la puerta.

(Don Pedro le obedece y Pedro Luis sale por la derecha con el jaque, le deja en la habitación y vuelve en seguida. Don Pedro, mientras, se tranquiliza bebiendo un trago, coge la faca de Rojillo y la examina con repugnancia.)

PED.—(Por la faca.) Esta ya no morderá. (Guardándose el arma al ver a Pedro Luis.) No morderá.

LUIS.—(Sombríamente.) Ya no me puede ver más que el que me debe ver.

PED.—Soy yo el que te debe ver, hijo mío.

LUIS.—(Con impaciencia.) Luego, ¿no has hablado esta noche con Sacris...? ¿No sabes que él me ha escondido, que él ha espiado a los que me acechaban y que por sus indicaciones he conseguido llegar aquí ..? ¿Y no sabes tampoco las causas que me han obligado a desobedecerte, ni te has podido convencer de que ese hombre es un peligro para Julia?

PED.—(Con tristeza.) No, no lo es. Si no he hablado con Sacris, he hablado con tu hermana y sé que, por desdicha, ese hombre ya no es un peligro para la infeliz.

LUIS.—(Con amorosa lástima.) Padre, media vida hubiese dado por ahorrarte esa pena.

PED.—(Abrazándole.) ¿Y no me la has querido ahorrar? ¿No has tolerado mis amenazas y mis injurias? ¿No has reservado la verdad para tí?

LUIS.—(Con ternura.) ¿Y no era esa mi obligación?

PED.—Quizás. No estoy seguro. De lo que si estoy seguro es de que la mía, ahora, es obedecerte, sin discutir tus resoluciones. (Con sencillez.) ¿Cuándo nos vamos?

LUIS.—(Con viveza.) Pero, después de lo ocurrido, ¿sé yo siquiera si me podré ir? (Reconviniéndole cariñosamente.) ¿Me debo ir, padre? (Con saña.) Siendo mi hermana víctima, no de una calumnia, sino de un crimen, ¿he de alejarme pacíficamente de esta cueva?

PED.—(Con pavor.) ¿Qué quieres hacer?

LUIS.—(Con fría resolución.) Sustituir a la justicia. He condenado a ese bandido como un Tribunal... ¡y voy a matarle como un verdugo!

PED.—(Horrorizado.) ¡No, no!

LUIS.—¡Le mataré, padre! ¡Como a un hombre o como a un perro! ¡Cara a cara, si no huye, o a traición, si pretende burlarme! ¡Yo no podría vivir si, por miedo a su poder, no peleara con esa bestia feroz! ¡No podría vivir! ¡Me ahogaría de asco!

PED.—(Con un terror casi superticioso.) ¡Pero, matarle...! ¡Si tú le conocieras...!

LUIS.—¡Tú sí que no le conoces...! ¡Reacciona, por Dios! ¡No le mires como los esclavos de aquí y no lo verás con las terribles proporciones con que te lo

presenta el pavor! ¡Sé valiente! ¿En qué es superior a mí ese bruto? ¿Qué cosa extraordinaria adviertes en él?

PED.—(Después de una pausa.) Sí. Quizás le mire yo como sus esclavos. Como miraría un salvaje a un ídolo. (Sin dirigirse a Pedro Luis.) ¿Qué importa que sea agresivo y bestial...? ¡Desnudo como un gusano vino al mundo, igual que todos, y mamó leche de mujer y no de leona, y los huesos de su cabeza no son más fuertes que los de mi cabeza, y su corazón no está protegido por más costillas que el corazón del mendigo más harapiento! (Despues de una pausa, temblando de emoción y como si rematase un soliloquio mental.) Yo mismo... ¡es posible que me sostuviera frente a él!

LUIS.—¡Claro que te sostendrías! Pero tu intervención sería vergonzosa para mí.

PED.—(Apenado.) Nunca intervine con acierto en tus conflictos. Nunca te pude ayudar.

LUIS.—Ahora puedes. Llévame adonde esté.

PED.—(En tono de protesta.) ¿A su habitación?

LUIS.—Por muy grande que sea su temeridad, supongo que no se habrá acostado.

PED.—Pues se ha acostado.

LUIS.—(Con bravura.) ¡Despiértale entonces! ¡Que venga!

PED.—(Con gravedad.) ¿Estás resuelto?

LUIS.—¡Estoy resuelto!

PED.—¿A todo...? Porque no ha de batirse.

LUIS.—¡A todo!

PED.—¿Y en su casa?

LUIS.—¿La ha respetado él? (Sombríamente.) ¡Decídete, o voy yo!

PED.—(Con extraña solemnidad.) Ya estoy decidido. (Con la voz alterada.) Abrázame. Siento no haber sido para vosotros un padre mejor. Siento no haber hecho ningún sacrificio por ti... Pero todavía...

LUIS.—¡Vamos, firmeza!

PED.—(Torvamente.) ¡La tendré! (Encaminándose hacia el patio.) Aguarda. (Sale por el patio. Pedro Luis, desde el arco, le sigue con la mirada hasta que se pierde en la oscuridad, y después saca un revólver del bolsillo del pantalón, lo examina cuidadosamente y se lo guarda en el bolsillo derecho de la americana. Transcurren algunos segundos. La impaciencia le hace asomarse al patio de nuevo, y al ver a don Pedro, que entra con precipitación, empuñando la faca del Rojillo, lívido y temblando convulsivamente, retrocede empavorecido.)

LUIS.—(Con ansiedad.) ¿Qué has hecho?

PED.—(Con angustia y terror.) ¡He querido salvarte!

LUIS.—(Con una mezcla de horror, sorpresa, cariño y agradecimiento.) ¡Le has matado!

PED.—¡Para ser tu padre, por primera vez, desde que naciste!

LUIS.—(Conteniendo un sollozo de enternecimiento.) ¡Por mí... le has asesinado!

PED.—(Con una terrible exaltación.) ¡No, no estaba dormido...! ¡Estaba en acecho...! ¡Corrió hacia mí...! (Tirando el cuchillo.) ¡No tuve más que alargar el brazo para que se clavara...! (Trémulo y como si desvariase.) Pero, ¡qué grito se le ha roto en la boca! ¡Y con qué prontitud se ha desplomado, y qué resplandor me ha herido de pronto en los ojos...! (Con pavor.(¿Sería su alma?.

LUIS.—(Abrazándole.) ¡No desvaríes, padre!

PED.—(Temblando.) ¿Sería su alma, Pedro Luis...? ¡Tengo miedo!

LUIS.—(Con energía.) ¡No, tranquilízate! ¡Has vengado a tu hija! ¡Has matado por defenderme! ¡Has obrado bien!

PED.—(Llorando y apretándose contra su hijo.) ¡Pero hay algo dentro de mí que me aterra! ¡No lo sé explicar!

LUIS.—(Suplicando angustiosamente.) ¡Nada te ha de ocurrir! ¡Cálmate!

PED.—(Mirando hacia el patío.) ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! (Suena la llave en la cerradura de la puerta.)

Luis.—(Empujando a don Pedro hacia la habitación de Julia. ¡Escóndete! ¡Que no te vean así!

Ped.—(Reaccionando ante el peligro.) ¿Y tú...? ¡No, no huyo! (Don Pedro se resiste entre los brazos de su hijo cuando entra don Antonio por el patio. El cacique hace un gesto de sorpresa y clava en ellos sus ojos torvamente. Don Pedro y su hijo le miran como petrificados. Después de exhalar uno de esos gritos desgairadores que suelen despedir a la razón.) ¡Es él! (Corre hacia el patio.)

Luis.—(Con desesperación.) ¡No era él!

Ant.—(Con inquietud y fiereza.) ¿Qué decís?

Ped.—(En el patio.) ¡Es él! ¡Es él! ¡Es él!

Ant.—(Sujetando a Pedro Luis que intenta seguir a su padre.) ¡Quieto!

Luis.—(Rechazándole de un empujón.) ¡Suelta!

Ant.—(Vacilando y apoyándose en un sillón para no caer.) ¡Ah, canalla!

Ped.—(Dentro. En un alarido.) ¡Julia! (Don Antonio saca su revólver; mas Pedro Luis, antes de que dispare, le derriba de un tiro. Con un espanto y un dolor tan agudos que le dan tonos sobrenaturales a su voz.) ¡Era Julia! ¡Era Julia! (Entra con el cuerpo de Julia entre los brazos.) ¡Era mi hija! (Pedro Luis la coge, la deposita en el suelo y quédase arrodillado junto a ella.) ¡Después de abandonarla, después de entregarla indefensa, la quiero defender y la mato! (Con una desesperación que le transfigura.) ¡Y no me avisó mi sangre! ¡Y no fulminó Dios un rayo sobre mi cabeza!

Luis.—(Llorando de alegría.) ¡Vive, vive, padre...! ¡Ven, mírala! ¡Vive! ¡La has herido en un brazo! ¡Ven!

Ped.—¡Julia, corazón mío!

Luis.—¿Ves cómo respira? ¿Ves cómo vive?

Jul.—Padre...

Ped.—(Ahogado por los sollozos.) ¡Sí vive...! ¡Sí vive...! ¡Señor, dispón ahora de mí! (Se desploma pesadamente al entrar, despavoridos, por el patio, Consolación, Natividad y tío Manuel.)

FIN DEL DRAMA

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498

NESFARINA

EL MEJOR ALIMENTO PARA NIÑOS



USTED NO COLGARIA A SU HIJO DEL BALCON

pero le expone a peligros mayores.

NECESITA LA NESFARINA, ¿PORQUÉ NO DARSELA?

MILES DE NIÑOS MUEREN por trastornos gástricos debidos a una **ALIMENTACION INADECUADA**

Pida la cartilla para las madres, gratis, o una muestra enviando 50 céntimos para franqueo.

COMPAÑIA INDUSTRIAL NESFARINA. — ZARAGOZA